

La Ilustración Artística

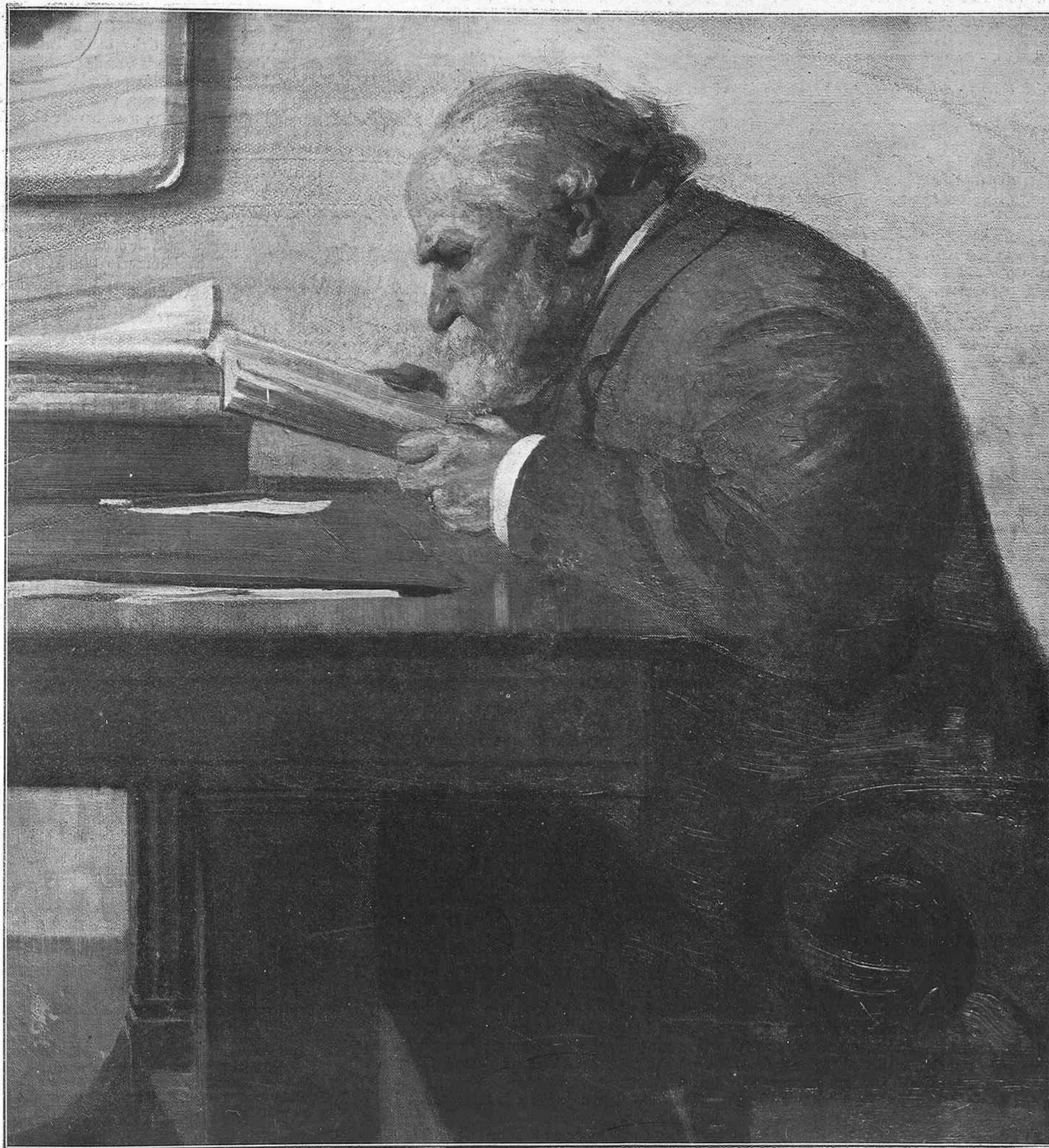


Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 6 DE SEPTIEMBRE DE 1915

Núm. 1.758



UN SABIO, cuadro de la señorita Irma de Duczynska, autora del cuadro «Armonía» que reproducimos en la página 592 y que llamó extraordinariamente la atención en la última Exposición de los Secesionistas de Roma. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

UN LEVANTINO EN SEVILLA, POR ARTURO MORI, dibujo de Carlos Vázquez



Un levantino soñador, impresionable, algo romántico, en las calles de Sevilla, es, siempre, un asombrado. Cansado estará de recorrer ciudades, de pisar tierras extrañas; pero Sevilla es algo superior a su idoneidad de viajero, a su cultura cosmopolita.

Eso era mi amigo Jorge en Sevilla: un asombrado. Con él viví algunos meses en la ciudad mora y de ellos conservo el más grato, el más dulce, el más joven y ameno de los recuerdos.

Jorge era un poco exagerado en sus amores; pero tenía un admirable corazón. No eran veleidosos más que sus caprichos; sus sentimientos vivían sobre un mismo plano de acción: sobre el arte.

Un día, Jorge y yo salíamos del Alcázar. Ocho veces consecutivas habíamos ido allí para terminar un cuadro de costumbres sevillanas que aquél pintaba en los jardines del palacio real, a la sombra del histórico pabellón alrededor del cual defínense los dibujos formados por las flores y las poco complicadas combinaciones de la arboleda y el zigzag de los surtidores, en lucha unos con otros, como lanzas de un combate medioeval reluciendo ante el sol radiante de la mañana; todo ello matizado por una suavidad encantadora, por una plácidez delicada y olorosa, como guardado con divino esmero, a través de los siglos, en el hermoso estuche mudéjar, gloria de Sevilla.

Salíamos mi amigo y yo del Alcázar bebiendo grandezas, cual si fuésemos reyes destronados que habíamos ido a refrescar tristes nostalgias en nuestro viejo palacio.

No muy lejos de la catedral, en una reja de una casa modestísima, en una de esas rejas andaluzas, únicas en el mundo, que parecen hechas solamente con flores y enredaderas, viendo, con ojos románticos, el espectáculo callejero, balanceaba su cuerpo, de brazo a brazo, cogida a los hierros, un ángel de unos bien aprovechados dieciocho años, de tez bronceada, con unos ojazos bellamente inmensos que decían lindezas y una cabellera como de ébano, rizosa y reluciente, que le caía sobre los hombros como un manto regio. Jorge se detuvo.

— Mira, me dijo. Esto es una mujer. Lo demás...

— Te enamoras de la última que ves, hube de aseverarle.

Pero Jorge no me escuchó. Adelantóse hacia la reja, dirigió una mirada punzante a la aparecida sevillana y volvió a donde yo le esperaba, cogiéndose

la cabeza con las manos como si se sintiera acometido por una conmoción cerebral.

— ¡Qué mujer! En mi vida he visto cosa igual... Es para que le dé a uno un desmayo.

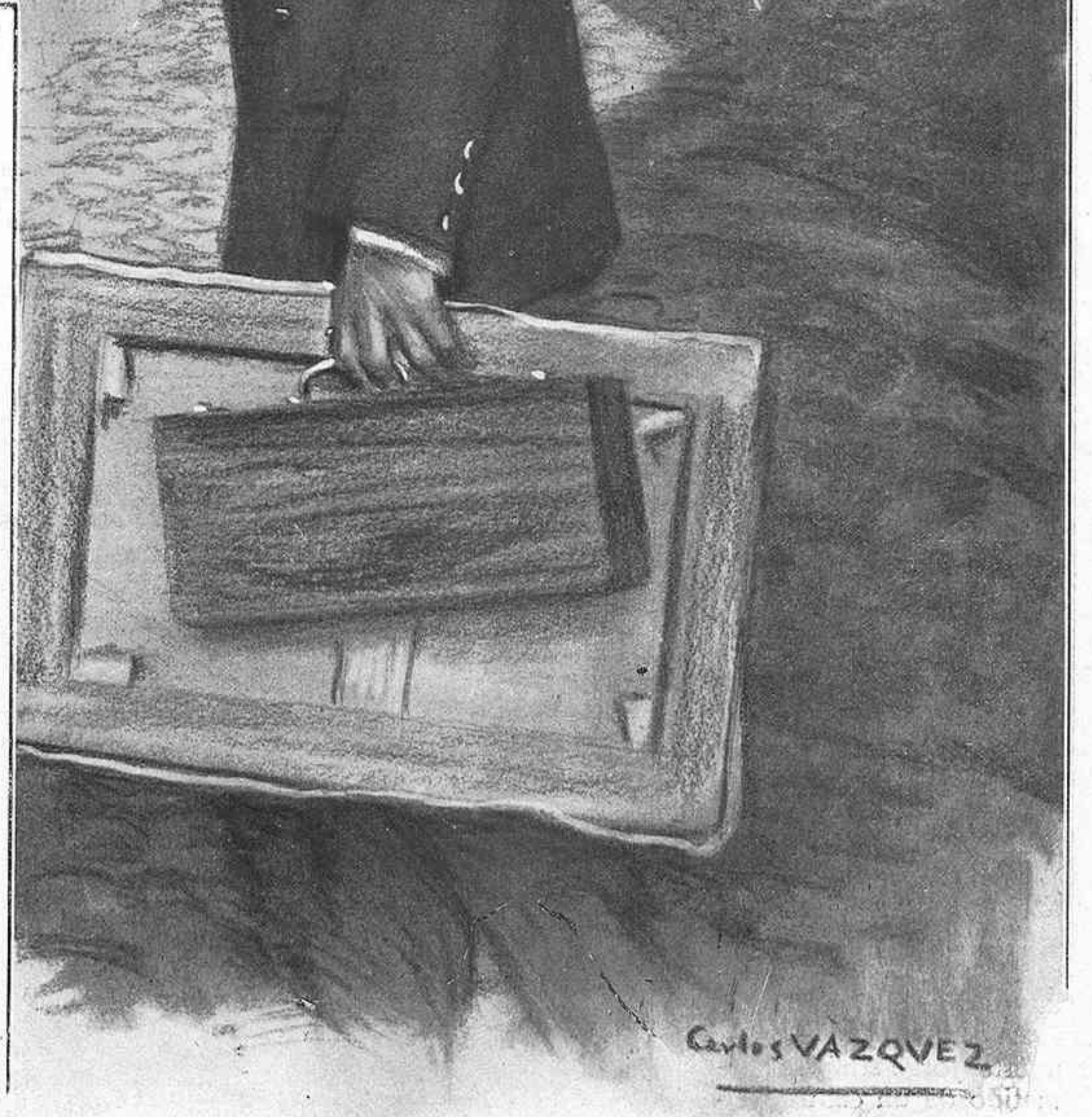
Al día siguiente, ya no pude yo ir con mi amigo al Alcázar, como todas las mañanas. Pero me fui enterando de las impresiones psicológicas que aquella mujer había producido en la sensibilidad amorosa de Jorge.

Es, el estudio de ellas, un pórtico admirable para cualquier novela intensamente sentimental que salga a la luz buscando, con lógica y arrestos suficientes, la celebridad.

¡Oh las atormentadoras, las ideales, las clásicas rejas andaluzas!

— Chico, me dijo Jorge a los cuatro días de haber conocido a la que él llamaba ya *su sevillanita*. Estoy loco. Tenía que marcharme a Barcelona dentro de ocho días... Ya sabes que mis padres, que viven con bastante desahogo, dudan de mi entusiasmo artístico cuando permanezco mucho tiempo fuera de casa. Creen que me paso la vida metido en una casa de juego... Sospechan de mis hábitos... Pero no me marchó, no, querido amigo. Me quedo..., ¡por ella!, hasta que me diga que me quiere con los labios, porque con los ojos me lo ha dicho ya un millón de veces.

— Pero ¿hay algo ya?..



Carlos VAZQUEZ

— Cogí la rosa, la besé y... no hubo más

— Mucho y nada. Tres veces me pasado junto a su ventana, cargado con los chirimbolos del oficio... Mi caballete, mi caja de colores, mis lienzos... Ella me miró al principio con cierta complacencia. Yo le tiré un beso con la punta de los dedos... Al segundo día, hizo más: sonrió... Sus dientes blancos brillaron... Aquella sonrisa fué todo un prólogo de escenas que vendrán... Al tercer día, me descubrí al pasar y ella inclinó la cabeza, también sonriente... Yo, fuera de mí, nervioso, tímido como un chiquillo, re-

trocedí... Y acercándome a su reja le dije: «Es usted la mujer más hermosa de Sevilla...» ¿Y sabes qué ocurrió? Pues que me dió las gracias sin inmutarse y con estudiada displicencia, dejó caer a la calle una rosa que arrancó de una de las macetas más pobladas de la reja...

— Y tú...

— Cogí la rosa, la besé y... no hubo más.

— Me parece bastante. Pero ¿estás realmente enamorado de esa muchacha?

— Siento por ella lo que no he sentido ni por mi arte... ¡Y esto es mucho decir!

Realmente, Jorge se había enamorado de veras, quizás por primera vez en su vida. Pero, naturalmente, ya sabía él que aquella muchacha no era de su clase, la rechazarían sus padres... Por otra parte, ¿quién había hablado de casarse? «A nuestra edad — me decía Jorge — se enamora uno, no para casarse, sino para tener una novia, un ideal, que, de conseguirse, ya no tendría valor ninguno. Además, en Sevilla las mujeres dicen que si a los hombres nada más que para conversar con ellos por la reja.»

Así comprendía el amor mi amigo Jorge y así juzgaba a las sevillanas.

— Pero algún día tendrás que casarte.

— ¡Ah! Esto es otra cosa... Mis padres arreglarán el negocio... Yo, en tanto, triunfaré en Sevilla... En Madrid conseguí tener una novia de mantón; aquí conseguiré apurar una serie amorosa de coloquios a través de la reja, símbolo de Andalucía... ¿Que la chica es modesta? ¿Que parece hija de labradores? ¿Y qué? Es mujer... y bonita...

¡Oh las atormentadoras, las sublimes, las clásicas rejas andaluzas!

Hubo un paréntesis en los amores de mi amigo Jorge. Hacía muchos días que la linda sevillana no aparecía en la reja. Y el caso es que Jorge había ya platicado con su novia más de veinte veces, hablando de la mar, contando las estrellas, pero siempre bajo un dosel romántico de pasión y galantería.

¿Qué le había ocurrido a Soledad? — Así se llamaba esa visión andaluza de cabellera de ébano, de tez bronceada, de ojos bellamente inmensos.

Jorge comenzó a sufrir. Le ahogaba la ansiedad. Ni una carta ni una señal ni una esperanza... Aquello era aterrador. ¿Se habría cansado de él la sevillana? Adiós los proyectos fantásticos, los castillos románticos, las jornadas de fiesta, los inefables gozcos del corazón que Jorge había esperado, entreteniéndose sus afanes locos en las tardes artísticas del Alcázar. Pero la situación de Jorge se complicó. Un atardecer, hallándose éste a pocos pasos de la casa de Soledad, tuvo que retroceder, ciego de coraje.

Un hombre, envuelto en una ancha capa, cubriendo su cabeza un sombrero interminable, acercóse a la reja y llamó con los nudillos. La reja se abrió y Jorge vió de nuevo a su novia, con una corona de rosas frescas sobre su cabeza mora, sonreír graciosamente y extender su mano al recién llegado. Largo rato conversaron ambos, hasta que el desconocido dirigióse hacia la puerta de la casa, que también fué abierta por Soledad, y entró.

Al cerrarse de nuevo la puerta, Jorge sintióse acometido de un extraño furor. Acudieron a su imaginación infantil ideas incendiarias. Pero pasados los primeros momentos de insosiego, Jorge reaccionó. Lo que debía hacer era esperar al desconocido, y buscar una aventura donjuanesca, y ser tan sevillano como los sevillanos...

Así lo hizo. Dos horas largas aguardó Jorge en la puerta de la casa de su novia. Al fin, el desconocido salió y comenzó a andar. Jorge salióle al paso.

— Un momento... Me permite usted...

— ¡Zi, señor...

— Aquí hay un hombre que está dispuesto a matar a otro antes de que nazca el nuevo día.

— No comprendo...

— Dígame usted dónde podemos vernos dentro de una hora y acabará usted entonces de comprender. Y si se niega a escucharme, le cruzo a usted la cara.



La notable pintora polaca Irma de Duczynska, autora de los celebrados cuadros *Armonía* y *Un sabio* que reproducimos en ésta y en la página 589. (Véase la página 603.)

El desconocido se irguió.

— Pos... en la Venta Eritaña... *D'allá zaldremos pa onde noz lleven las ganas... Cuidao con el zeñorito ese...* Tendría que ver...

Y ambos se dirigieron una mirada de odio profundo que disiparon las sombras de la noche.



Armonía, cuadro de Irma de Duczynska, que fué muy celebrado en la última Exposición de los Secesionistas de Roma. (De fotografías de Carlos Abeniacar.)

¡Oh las atormentadoras, las clásicas, las ideales rejas andaluzas!

A lejos, la Torre del Oro ofrecía a la luna un ancho y claro espejo para sus reflejos. Sobre las aguas tranquilas del Guadalquivir se dibujaban figuras extrañas, trazadas desde el cielo. Dos hombres caminan, el uno en pos del otro, con la cabeza baja y el corazón agitado. De súbito, ya en las afueras, dejó el uno la capa en el suelo y dió el otro unos pasos atrás.

— *Puesto que noz vamo a matá*, aseveró sin inmutarse el desconocido, *zépase ante* por qué...

— No debía usted preguntarlo, repuso Jorge livido de rencor. Nunca una mujer honrada y hermosa pudo ser para dos hombres a la vez.

— ¿Pero es coza e falda?

— ¿Andaluz y cínico? Confieso que no tenía este concepto de los andaluces.

— Oiga *osté...* Que *zi se mete osté* con la raza nos *matamo do vece...*

— ¡Acabemos ya!

Jorge pronunció un nombre, musitando injurias:

— Soledad..., ¿le ama a usted?

— ¿Soledá?, preguntó el desconocido.

— Sí; le vi a usted entrar en su casa, permanecer en ella mucho rato, despedirse luego de Soledad con efusión, alejarse de su casa con la satisfacción del triunfador... Y como yo amo también a Soledad...

— ¡Ah!, exclamó el desconocido lanzando una carcajada. *Entonce osté e er zeñorito* que hablaba con *Soledá* por la reja... Por la reja que yo mandé cerrar por una *temporaita...*

— ¿Usted? ¿Y con qué derecho?

— Con el que *tién los pare sobre los hijo...*, contestó tranquilamente el desconocido.

Jorge se echó hacia atrás.

— ¿De modo que usted... es el padre de Soledad?

— El único... a *Dio grazia...*

Jorge avanzó hacia el que iba a ser su adversario y le estrechó la mano.

— ¿De qué modo he de pedirle a usted perdón?

— ¿Quién habló de perdón?.. ¿De onde e *osté*?

— Levantino...

— *Pós...* bastante pagado estoy con que *dende* su tierra admire *osté esa* Sevilla encantada, en donde encontró *oste...*

— En donde encontré la felicidad de toda mi vida... ¡Bendita, bendita seas, Sevilla de mis sueños!

— *Aluego veremo si e osté* el hombre que mi hija *nesesita...*

Del brazo, como dos viejos amigos, regresaron Jorge y el padre de Soledad hacia Sevilla. Sus pasos resonaban armónicamente en el espacio. Su conversación tranquila parecía el murmullo de una brisa suave de las que anuncian, en las jornadas tibias, el amanecer...

Jorge se casó con Soledad.

Y la boda fué en Sevilla. Y aquella reja de ensueño que fué el arca santa de los amores de Jorge, apareció, el día de la fiesta nupcial, vestida con sus mejores galas. Las flores la cubrían por completo; blancas todas, como caídas, en lluvia sublime, del manto de la novia, y puestas, con mano de inocente ansiedad, sobre los hierros...

El padre de Soledad decía, aquel día solemne, rascándose su cabeza vasta y blanquecina:

— Vean *ostés* por donde he *zacao* un buen marido para *Soledá...* Y *aluego* dicen que la *casualiá* no lo es *to* en la *vía...*

Y ya en su tierra Jorge, bendiciendo las horas sevillanas, llenas de arte, de amores y de sorpresas, no cesaba de exclamar, al lado de la que él llamaba su gitana de cabellos de ébano, de ojos bellamente inmensos, de tez bronceada:

— ¡Oh las atormentadoras, las ideales, las clásicas rejas andaluzas!..



Marina, cuadro de Eliseo Meifrén



Paisaje de Olot, cuadro de Juan Llimona

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. — La lucha de artillería, granadas de mano, bombas y minas ha sido general en toda la línea de batalla habiendo revestido en algunos puntos caracteres de verdadera violencia: en el sector de Arrás, los cañones franceses destruyeron varias trincheras alemanas y un depósito de municiones. Los franceses dicen que han rechazado un reconocimiento ante Auberive-sur-Suipe (Champaña); que en el Argona, después de encarnizados combates en María Teresa y al Oeste del bosque de Malancourt, han quedado dueños de varios hoyos producidos por explosiones de minas; y que en los Vosgos han rechazado ataques contra la cumbre de Sondernach, han conservado las ventajas obtenidas en Schratzmaennele y Barrenkopf, han rectificado su frente al Sur de Sondernach, y han activado su instalación en la cresta entre este último punto y Landersbach, apoderándose de algunas trincheras y rechazando vigorosos contraataques.

Los alemanes dicen que han volado algunas trincheras enemigas en Champaña y en las alturas del Mosa, y que en los Vosgos han rechazado ataques en Lingenkopf, en Schratzmaennele y otras posiciones, han recuperado parte de un elemento de trinchera que habían perdido algunos días antes al Sudoeste de Sondernach y han perdido, en cambio, un elemento de trinchera en Barrenkopf.

Teatro de la guerra de Oriente. — Las operaciones realizadas en estos últimos días revisten el mismo carácter que en nuestras anteriores crónicas hemos señalado. Las más importantes, siguiendo la línea de Norte a Sur, han sido las siguien-

tes: los austroalemanes han rechazado a los rusos al Norte de Bausk y Schonberg; han proseguido su avance al Este y Sudeste de Kovno, avanzando por ambos lados del ferrocarril de Minsk y llegando hasta la región al Sudeste de Olita, plaza que los rusos han evacuado; han tomado Knyschin y atrave-

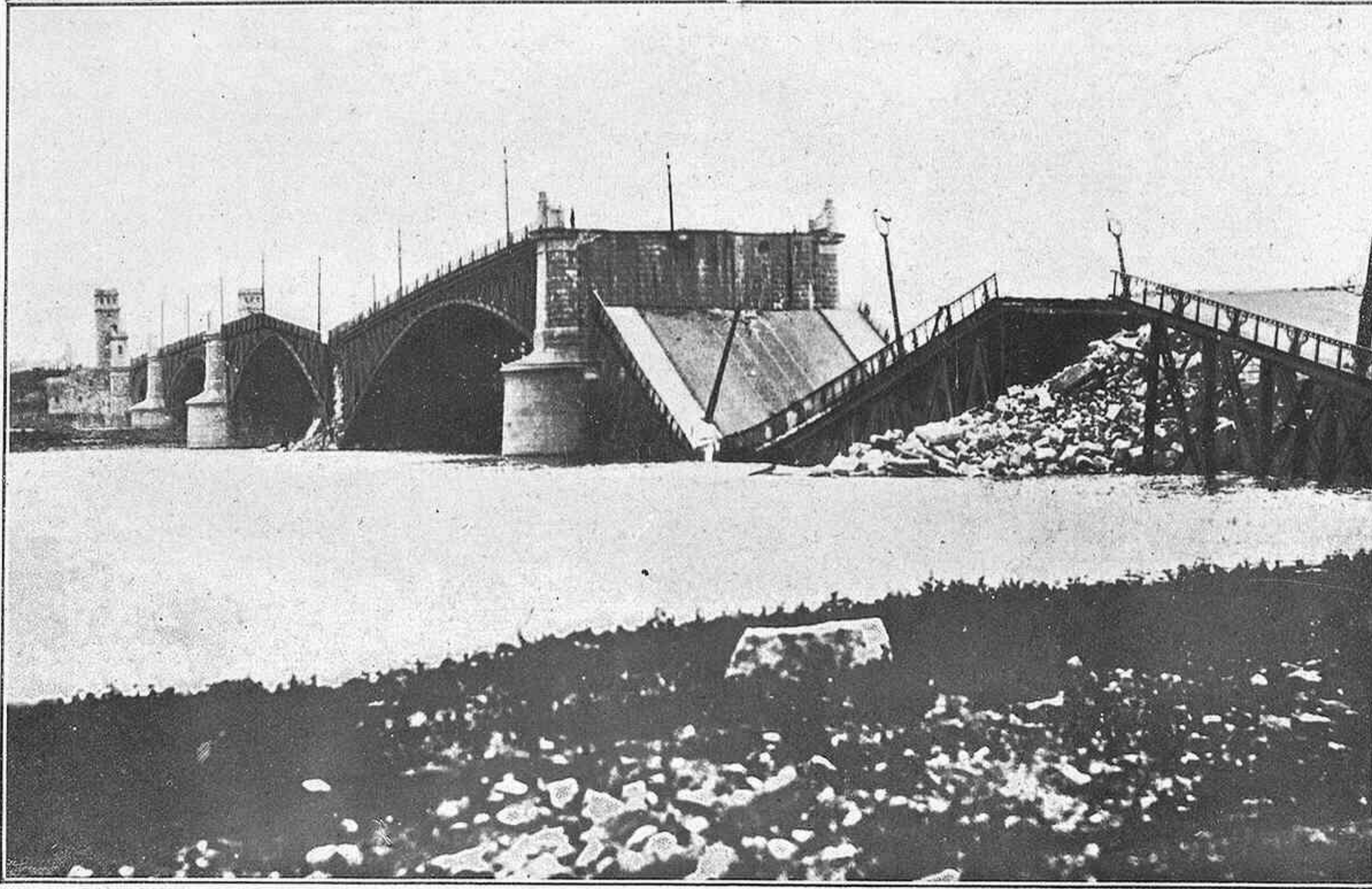
allí, como en todas partes, una tenaz resistencia; han avanzado por la región de Kobrin y de los pantanos de Pripet y ocupado las posiciones rusas del borde oriental del bosque de Bialowieska; han llegado hasta Kowel y Wladimir Wolinski; han roto la línea rusa en el río Zlota-Lipa, obligando al enemigo a abandonar la ofensiva y persiguiéndolo; y han derrotado a la retaguardia rusa, que se retiró a la fortaleza de Lutsk.

Los despachos oficiales rusos refieren que las fuerzas moscovitas atacan vigorosamente en el extremo Norte y se retiran ordenadamente y causando grandes pérdidas al enemigo en el resto de la línea de batalla.

Italianos y austriacos. — En el Tirol, los italianos han avanzado en la región de Tonale, ocupando entre otras las alturas de Passo di Lazoscuro (2.958 metros) y Corno Bevale (3.009 metros); han ocupado en Valsugana la línea que se extiende desde los montes Civarón y Torrente Maso hasta los montes Armentera y Saluzio, y la cima Cirta, rechazando un ataque contra el Armentera; en Carnia, han rechazado varios ataques en la meseta del valle del Rienz, en Bodenbach y en el monte Palpiccolo; y en la región del Isonzo han tomado varias trincheras en el monte Rombón y en el Carso, han avanzado hasta más allá de Plezzo, han he-

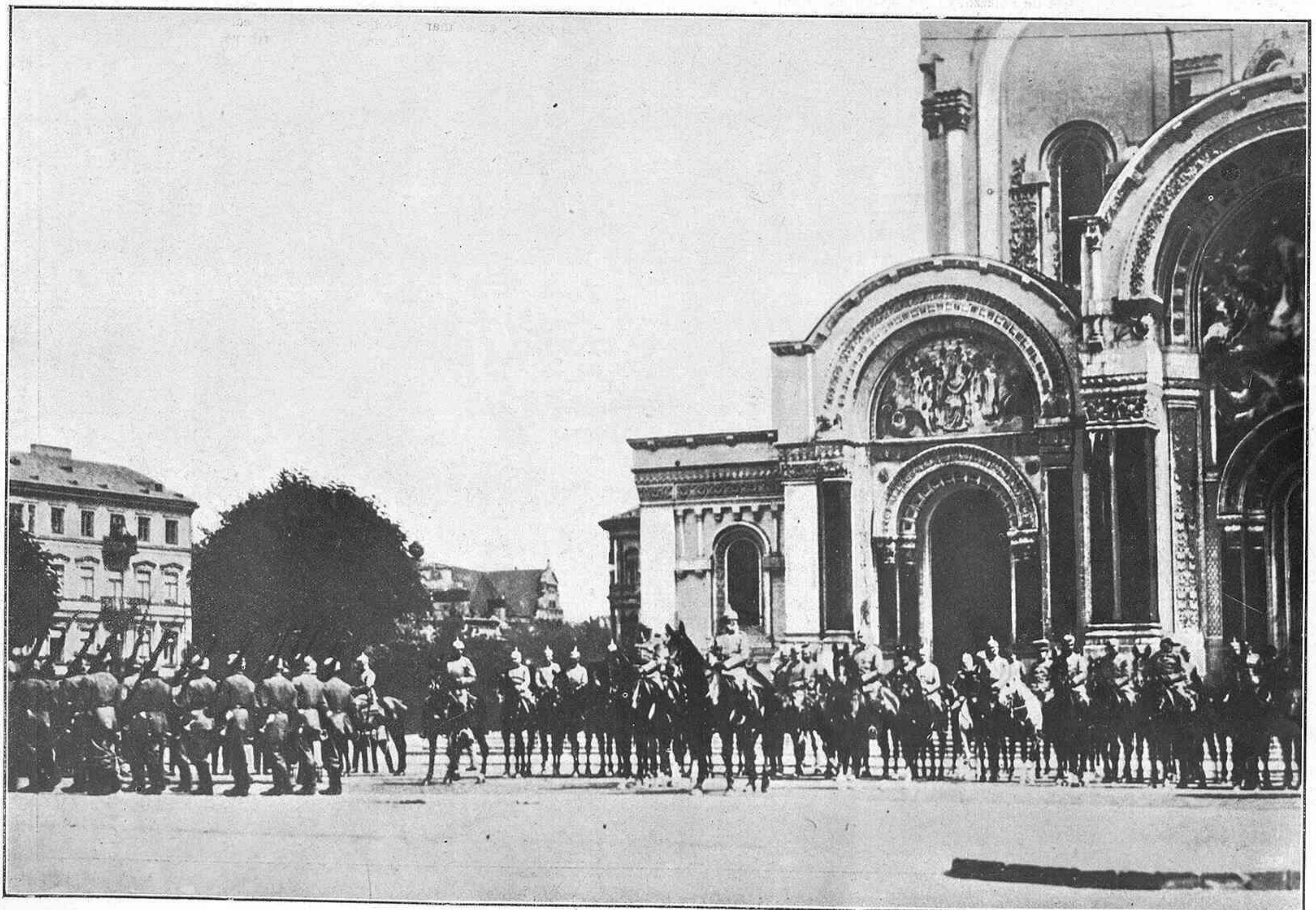
cho nuevos progresos al Oeste de Tolmino, y han cañoneado eficazmente los campamentos austriacos del valle de Lepenja (zona de Plezzo) y varias columnas de tropas y camiones en la carretera del alto Isonzo y en el Carso. Los aviones italianos han bombardeado con éxito las fortificaciones de Riva.

Ampliando estos partes oficiales, noticias de Roma dicen que en la línea de combate del Carso los italianos han vencido casi por completo las dificultades enormes acumuladas por



Puente sobre el Vístula que ponía en comunicación la ciudad de Varsovia con el suburbio de Praga y que fué destruído por los rusos al evacuar aquella plaza

sado el Narew al Sur de Tykocin; en dirección de Grodno han tomado Lipks; han llegado hasta Bielostok; han desalojado a los rusos de las alturas del Noroeste de Kletscheli y de los bosques situados al Sudeste de dicho pueblo; han entrado en Dobrynka, al Sudoeste de Brest-Litovsk; se han apoderado de esta plaza fuerte, llegando a la región Kamene-Litovsk, tomando esta ciudad y obligando a los rusos a retirarse a ambos lados del ferrocarril de Minsk, después de haber opuesto



Varsovia. — El príncipe Leopoldo de Baviera y su Estado Mayor delante de la magnífica catedral rusa presenciando el desfile de las tropas que bajo su mando se apoderaron de aquella capital. (De fotografías de M. Branger.)



Los italianos en Austria. - Batallón de bersaglieri avanzando para atacar las posiciones austriacas de Polazzo. (De fotografía de Carlos Trampus.)

fuerzas navales alemanas sólo encontraron en el golfo a ligeras fuerzas rusas, de las cuales unas fueron destruidas y otras rechazadas; y que no se sabe nada de que se haya librado una gran batalla, ni que los alemanes hayan sufrido otras pérdidas que las indicadas en los partes oficiales.

Además la embajada de Alemania en Berna, en vista de que los periódicos suizos, a pesar de haber sido oficiosamente desmentida, continúan hablando



la naturaleza y aumentadas por los austro-húngaros en aquella comarca, y añaden que Tolmino y Goritza podrían ya haber sido ocupadas por los italianos hace algunas semanas, de no haberse visto obligado el generalísimo Cadorna a evitar, en lo posible, la efusión de sangre en las filas de su ejército y a limitarse, como lo ha hecho, a hostilizar diariamente las posiciones enemigas sin realizar avance alguno, mientras no ha tenido la certeza de conservar las posiciones ocupadas.

Los austro-húngaros, en sus comunicaciones oficiales, afirman que han rechazado varios ataques en el frente del Tirol, si bien reconocen que al Norte de Valsugana los italianos se acercan a sus posiciones; que en la región del Isonzo han rechazado asimismo ataques contra las alturas de Doberdo, contra Tolmino y la cabeza de puente del mismo, contra Kosalic y las alturas situadas al Sur de este pueblo y contra las posiciones del valle del Flitsch y del Este de Polazzo; y otros intentados en el litoral. Añaden que los italianos han evacuado las trincheras que ocupaban frente a las posiciones austriacas en la altura al Este de Monfalcone; desmienten varios éxitos que los italianos se atribuyen y en un parte oficial fechado el 24 de agosto hacen la siguiente afirmación: «Hasta hoy, que hace tres meses de la declaración de guerra a Austria por par-

te de sus antiguos aliados, en ningún frente de la frontera austriaca han alcanzado los italianos la meta, sacrificando inmensos contingentes de hombres. Austria sigue dueña de sus posiciones avanzadas en la frontera italiana.»

En los Dardanelos. - En la zona del Norte de Galípoli, el ala izquierda británica ha realizado nuevos progresos, habiéndose apoderado de 800 metros de trincheras enemigas.

Un informe oficioso de Londres dice que en Anzac y en Suwla los aliados han ganado terreno bastante para permitirles una continuidad en el frente, que tiene más de doce millas.

La guerra naval. - A la entrada del mar de Finlandia, un submarino alemán hundió un crucero auxiliar ruso.

Un submarino alemán ha destruido la fábrica y depósitos de benzol y los hornos de cok de Harrington, en el mar de Irlanda.

Una nota oficiosa de Berlín dice que las informaciones rusas relativas a los combates librados en el golfo de Riga desde el 16 al 21 de agosto son un conjunto de falsedades; que las

En la Champaña. - Soldados lanzando bombas desde las trincheras de primera línea por medio de los aparatos llamados *crapouillots*, que pueden arrojar proyectiles de todos calibres a distancias que varían entre 40 y 400 metros. (De fotografía de M. Branger.)

de una derrota de la escuadra alemana en el golfo de Riga, ha publicado una nota declarando oficialmente que no es cierta la victoria que se atribuyen los rusos, que la escuadra alemana no perdió ningún buque de guerra de gran tonelaje, ni ningún crucero, y que la noticia de haber sido hundido el *Moltke* es pura fantasía.



En Polonia. - Columna de caballería rusa en marcha. (De fotografía de C. Trampus.)

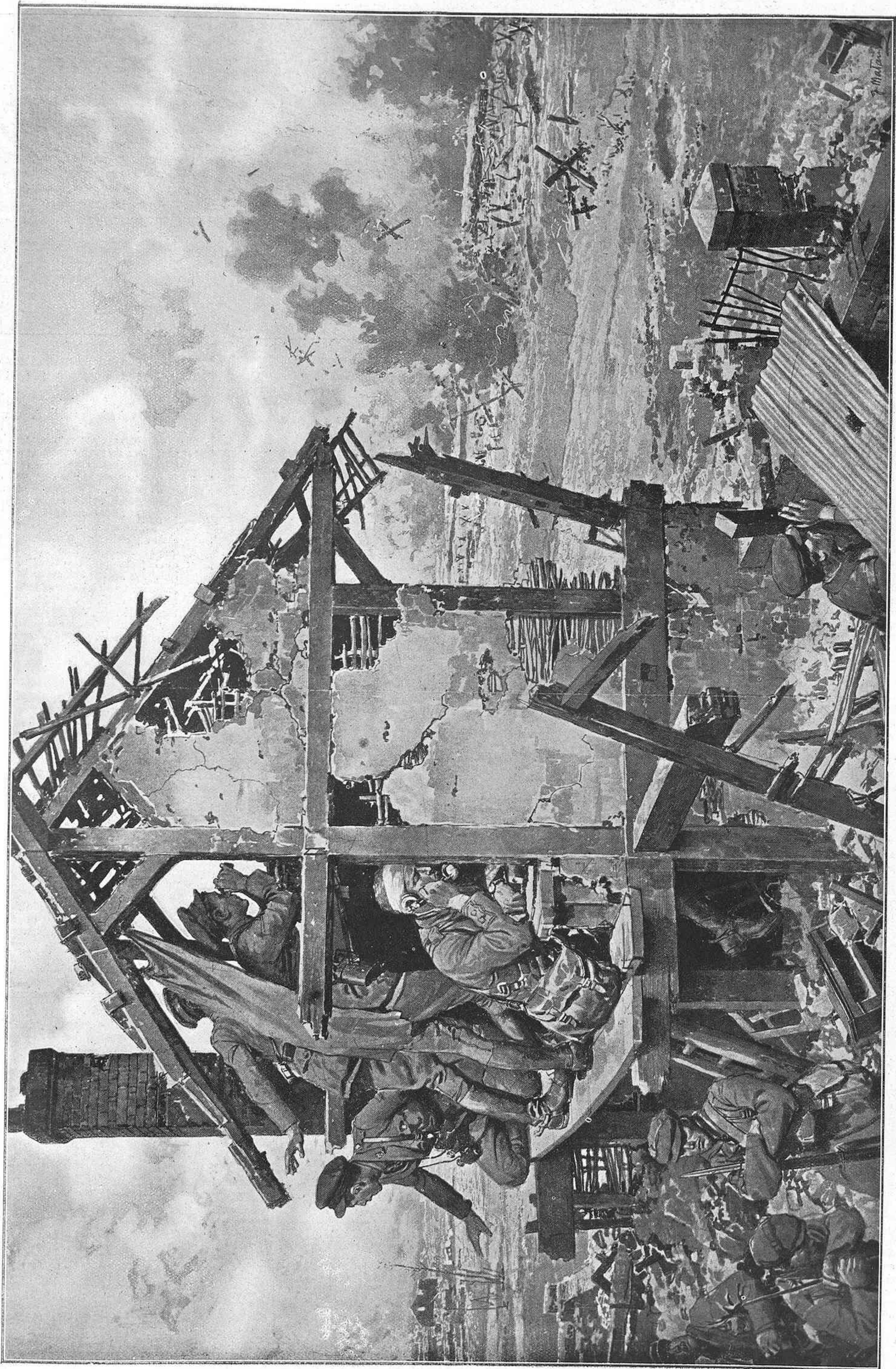


Llegada del Rey Luis III de Baviera (x) a la ciudad reconquistada de Lemberg



El gran duque Guillermo Ernesto de Sajonia Weimar Eisenach (x) en el teatro de la guerra de Oriente

LA GUERRA EUROPEA. - LAS TROPAS INGLESAS EN FLANDES



Puesto avanzado desde el cual varios oficiales ingleses observan el efecto de su artillería y comunican a las fuerzas encargadas de ésta las indicaciones necesarias para rectificar el tiro
Dibujo del natural de F. Matania. (Reproducción autorizada.)

EL ESCORIAL. - LOS JUEGOS FLORALES. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



La Reina de la fiesta Srta. Muro entrando en el Patio de los Reyes acompañada del poeta premiado Sr. Sandoval.



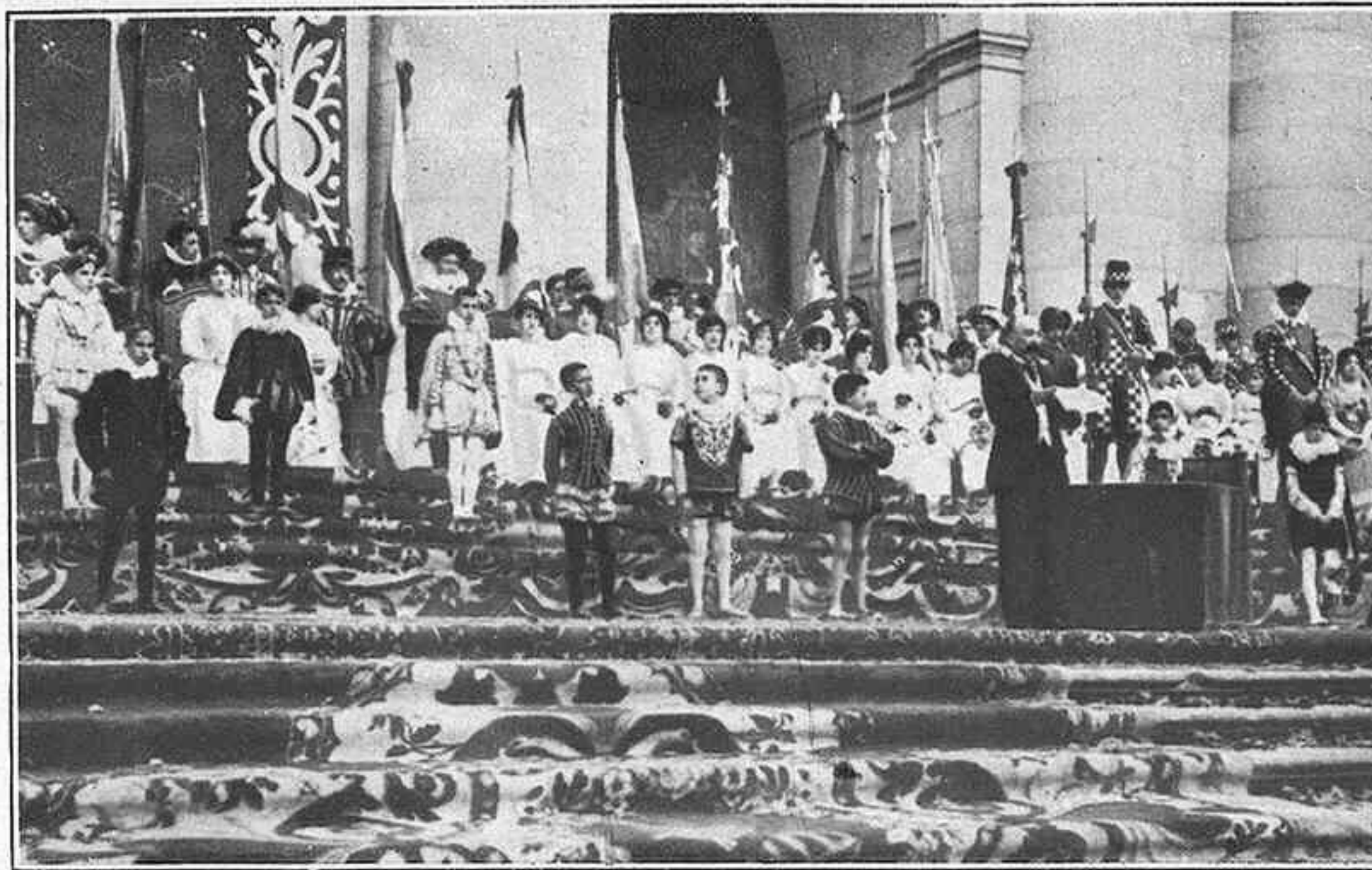
Señoritas que formaron la Corte de Amor de la Reina de la fiesta

Con gran brillantez y solemnidad se ha celebrado en el Patio de Reyes del Real Monasterio del Escorial la fiesta de los Juegos Florales. En el estrado tomó asiento S. A. la Infanta D.^a Isabel, teniendo a su derecha al alcalde Sr. Robles y a la señorita Bertrán de Lis, y a su izquierda al administrador del Real Patrimonio Sr. Coello.

Anunciada por el pregonero, a toque de clarín, la apertura de los Juegos Florales, comenzó la fiesta leyendo el secretario de la Comisión organizadora las actas de los jurados y publicando los nombres de los autores premiados.

Terminada la lectura, cuatro heraldos y el pregonero fueron en busca del poeta premiado con la flor natural, D. Manuel de Sandoval, quien proclamó entre grandes aplausos reina de la fiesta a la encantadora señorita Rosario Muro.

Poco después, y a los acordes de la marcha de *Tannhäuser*, hizo su entrada en el patio la comitiva que se había formado en el local de la Escuela de Ingenieros de Montes. En el cortejo figuraban cuatro heraldos de España, un pregonero, seis trompeteros, la bandera del Real Sitio de San Lorenzo, dos ma-



El mantenedor D. Jacinto Benavente pronunciando su discurso

El discurso del Sr. Benavente, que había sido interrumpido muchas veces por los aplausos del público, fué acogido al final con una ovación indescriptible.

Puso término a la solemnidad el alcalde con una breve y sentida salutación dando las gracias a S. A. la Infanta D.^a Isabel, a la reina de la fiesta y a su corte de amor y al mantenedor ilustre, que habían sido los principales factores para la brillantez del acto.

S. A. la Infanta D.^a Isabel fué objeto de grandes manifestaciones de cariño.

Para los organizadores de la fiesta ha habido merecidos elogios.

BARCELONA. - REGRESO DE LAS COLONIAS ESCOLARES

El domingo, día 29 del mes próximo pasado, regresaron a Barcelona las colonias escolares organizadas por el Ayuntamiento y que durante un mes han disfrutado de las delicias y de los beneficios de un grato y saludable veraneo.

A medida que llegaban dirigíanse desde la estación del ferrocarril al Palacio de Bellas Artes en donde eran recibidas por algunos concejales e individuos de la comisión, quienes obsequiaron a todos los niños, unos 800, con una sabrosa merienda.

El presidente de la comisión, teniente de alcalde Sr. Juncal, pronunció un sentido y oportuno discurso, dando la bienvenida a los es-



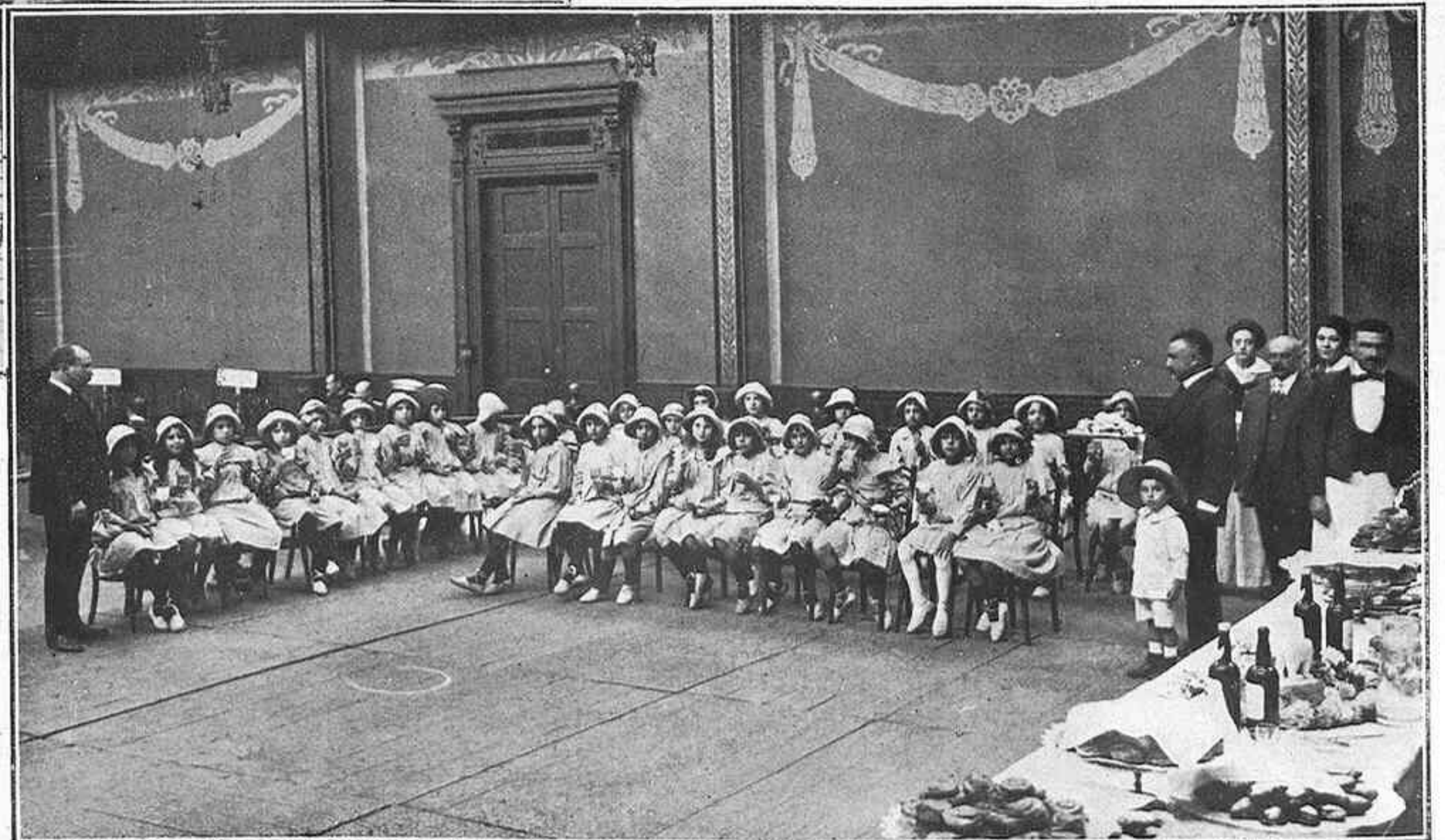
Barcelona. - Regreso de una de las colonias escolares organizadas por el Ayuntamiento

ceros, la bandera española, el pendón de los Reyes Católicos, el estandarte imperial de Carlos I, la bandera de Madrid y otras, arcabuceros, pajes, la reina de la fiesta y el poeta premiado, con la corte de amor, y multitud de pajes y soldados.

El desfile de la comitiva resultó muy brillante; y colocadas la reina y la corte de amor en el estrado comenzó el certamen leyendo magistralmente el Sr. Sandoval la poesía premiada, *Renacimiento*, composición hermosísima que el público acogió con ensordecedoras salvas de aplausos.

También fueron muy aplaudidos los autores de las demás poesías premiadas.

Acto seguido el mantenedor, D. Jacinto Benavente, hizo su entrada entre maceros y heraldos, siendo saludado con una estruendosa ovación. El discurso que leyó el dramaturgo ilustre es una verdadera joya literaria, admirable por su fondo y maravilloso en su estilo. En la imposibilidad de reproducirlo íntegro y considerando que pretender dar un extracto del mismo sería profanarlo, preferimos copiar el último párrafo que sintetiza el espíritu y



Colonia escolar de niñas merendando en el Palacio de Bellas Artes al regresar de su veraneo. (Fotografías Merletti.)

colares, felicitando a los profesores y significando la transcendencia moral y material de la obra que viene realizando el Ayuntamiento en pro de los niños.

MI TIO FLORENCIO

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR ANDRÉS THEURIET. - ILUSTRADA POR E. BOUARD. (CONTINUACIÓN.)

»Me sonrojé toda e iba a contestarle vivamente, cuando comprendí que, cediendo a un movimiento de indignación, perdería seguramente mi sustento y tendría que volver a vivir a expensas de mi pobre tía Sofía... No tenía más remedio que bajar la cabeza... Me resigné a la humillación y prometí ser más circunspecta... ¡Pero es muy duro!

- Es una indignidad. Permítame usted que la defienda y la justifique cerca del señor Egrefeuil.

- No, replica ella; todo lo que puede usted hacer es no volverse a ocupar de mí. Siento en el alma haberle mezclado inconscientemente en tan desagradable aventura... Usted dispense... Es usted aquí la única persona que me había mostrado un afectuoso interés, y deseaba manifestarle esta mañana toda mi gratitud. Adiós, caballero... El tiempo vuela y es preciso que regrese en seguida al hotel.

Muy emocionado, le tiendo las manos, estrecho las suyas y balbuceo:

- Deje que sea su amigo... Siento vivamente lo que pasa, siento sobre todo ser causa de sus disgustos.

Pero comprendo que lo que se necesitaría no son palabras. El verdadero medio de probar a Dionisia mi afección, sería decirle:

«Yo la amo; mande usted a paseo a todos los Egrefeuil; concédame el derecho de protegerla aceptándome por marido.»

Para comprometerme así, no estoy bastante seguro del amor de Dionisia; nada me prueba que sienta por mí otra cosa que una simpática estima. Además, hay que confesarlo francamente, estoy demasiado imbuído de las preocupaciones de mi siglo, demasiado impregnado de egoísmo para despojar resueltamente al hombre rutinario.

No considero sin aprensión las responsabilidades y los deberes del matrimonio; pienso en la obligación de asegurar la felicidad de una mujer y el porvenir de los hijos; pienso en el problema de sostener la casa con ingresos problemáticos; pienso en la certeza de un rompimiento definitivo con mi tío, y todas estas consideraciones me hacen vacilar...

Me limito a estrechar más tiernamente las manos de Dionisia.

La joven vuelve la cabeza, evita mi mirada y, desprendiéndose de mis manos, murmura:

- ¡Adiós!, ¡adiós!

Sube rápidamente la escarpada senda y desaparece por la carretera.

Me quedo solo junto al torrente con los ojos fijos en el agua que huye, y siento en el fondo del corazón un amargo descontento de mí mismo.

Escucho maquinalmente la voz del agua que lucha contra los obstáculos y parece ora reconvenirme, ora burlarse de mi pusilanimidad burguesa.

Una desagradable sensación de humedad me saca de mi ensimismamiento, y noto que una lluvia de gotas salpica mis botinas.

Subo a mi vez la escarpa y regreso, confuso y deprimido, a casa Casmajoux.

Al entrar en el cuarto de mi tío veo los cajones abiertos y los muebles en desorden.

Arrodillado en el suelo, Florencio coloca sus bártulos en una maleta abierta.

Se ha puesto su traje de turista, sus polainas amarillas, y al ruido que hago volviendo a cerrar la puerta, interrumpe su tarea para largarme una mirada maliciosa.

- ¡Ah! ¡Por fin pareces!, exclama mi tío Florencio.

¿Ves? Estoy preparando mi equipaje... Nos largamos.

- ¡Pero tío! ¿Qué pasa? ¿Los Casmajoux nos echan?

- No... Soy yo que me despido de Luz, donde ya no hay nada de interesante que visitar... Nos marchamos a Bareges y al Pic du Midi; el landó de Pedro Forcamidán vendrá a buscarnos después del almuerzo... Ya lo sabes... Prepárate a partir.

El ángelus de las doce toca en la iglesia, y la campana del hotel anuncia el almuerzo; nuestros equipajes son bajados al vestíbulo, y nosotros nos encaminamos hacia la mesa redonda.

Aprovechando el buen tiempo, muchos de nuestros comensales han salido de excursión y el comedor está casi vacío.

Había concebido una vaga esperanza de encontrarme aquí con la señorita Suzor; pero sufro una decepción. El único que ocupa su puesto habitual es el Sr. Egrefeuil; las demás sillas están desocupadas.

- Esta mañana, dice acogiéndonos con un flojo apretón de mano, almuerzo conmigo mismo. Sol y Ternat han ido a Sazos para terminar allí un estudio; mi pobre mujer se ha hecho servir el almuerzo en su cuarto y la señorita Suzor le hace compañía.

Acentúa estas últimas palabras echándome una mirada oblicua.

- Siento vivamente la ausencia de la señora Egrefeuil, declara mi tío, pues hubiera querido presentarle mis homenajes antes de mi partida.

- ¿Nos deja usted?, murmura el negociante, mientras que, con el monóculo puesto, sigue mirándome curiosamente de reojo; espero que nos volveremos a ver pronto.

- ¡Ay!, no; es una marcha definitiva... Esta noche dormiremos en Bareges.

- Siento verle a usted partir tan pronto, Sr. Garaudel.

- Y yo siento también dejar a ustedes, Sr. Egrefeuil. Le ruego que transmita mis respetos «a su señora y a su hija», añade obsequiosamente mi tío.

Yo no digo una palabra; el tono meloso de ese hipócrita me ataca los nervios; no puedo perdonarle su duplicidad con la pobre Dionisia; me es odioso y a duras penas resisto al deseo de echárselo en cara.

Él adivina probablemente mi antipatía, pues con un hipócrita suspiro sigue trinchando su chuleta.

El almuerzo termina silenciosamente.

A los postres, Florencio y él se separan después de muchas congratulaciones ceremoniosas.

Yo vuelvo la espalda y, mientras mi tío arregla sus cuentas con la dueña del hotel y con los Casmajoux, yo voy a dar una ojeada a nuestros cuartos vacíos.

Las partidas son siempre penosas. Ésta lo es más que nunca para mí.

Recordado sobre la baranda del balcón, abarco tristemente con la mirada el risueño valle de Luz, cuya radiosa indiferencia parece burlarse de mi pesar.

Evoco la cara imagen de Dionisia, que va a seguir viviendo y sufriendo aquí, y a quien no he sabido mostrar más que un afecto estéril.

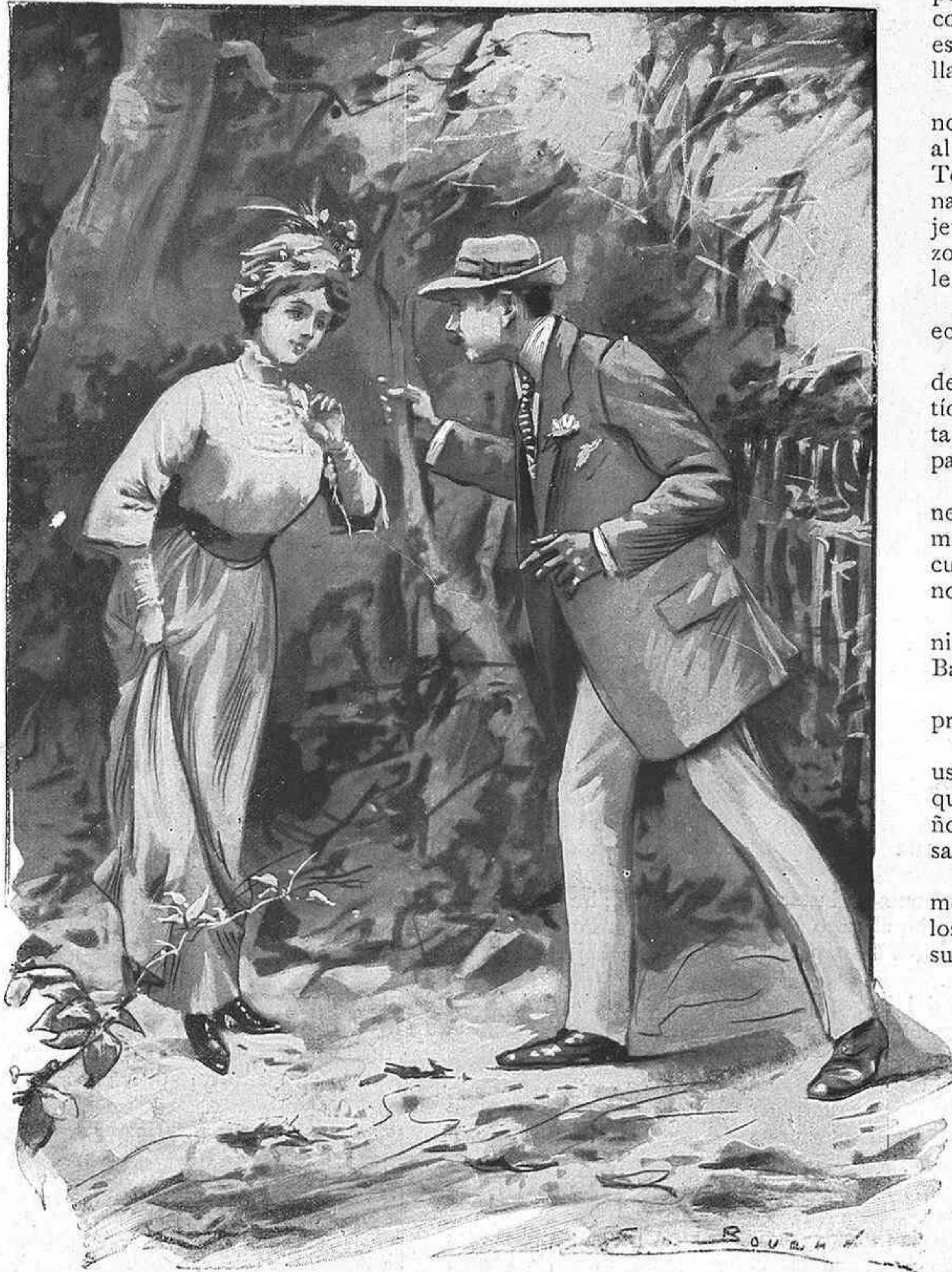
Me siento a la vez invadido por sordos remordimientos y poseído de una profunda ternura.

Rompiendo el silencio de la campiña adormecida al sol, suena a lo lejos un repiqueteo de casca- beles.

Es el landó de Forcamidán que dobla la esquina de la calle y se detiene delante de nuestra puerta.

Desde abajo, mi tío me llama con voz de impaciencia y me arranca a mis melancólicas meditaciones.

Me reúno en la puerta con Florencio Garaudel que se despide de nuestros patrones con interminables cumplidos.



- No estoy libre... Dispéñeme...

Ayer, el anuncio de este nuevo capricho de Florencio Garaudel aun me hubiera exasperado y yo hubiese opuesto una viva resistencia; pero después del contratiempo de esta mañana, ¿a qué resistir?

He dejado escapar la ocasión de ganar el corazón de Dionisia y de dar contentamiento al mío; ya no tengo nada que hacer aquí.

Persistir en prolongar aquí mi estancia no serviría más que para hacer la situación de la señorita Suzor más penosa y para aumentar mi pesadumbre.

Permanezco pues impassible y contesto a Florencio con un tono resignado:

- Está bien, tío... Dentro de media hora me tendrás con mi equipaje preparado y a punto de marchar.

Sin duda esperaba una resistencia enérgica y había preparado una catilinaria destinada a abatirme; mi completa pasividad le obliga a economizar sus tesoros de elocuencia, y se encuentra visiblemente contrariado.

- Me alegro de ver que te has vuelto razonable, dice sin poder disimular su enojo.

- Soy la razón misma, tío, replico amargamente.

- En este caso, date prisa, a fin de que todo esté dispuesto antes del mediodía.

La señora Casmajoux, con quien mi tío ha discutido céntimo por céntimo el importe de la cuenta, responde friamente a las prolijas efusiones del exdroguista; pero el relojero, más acomodaticio y más político, nos prodiga los apretones de manos y los deseos de un feliz viaje.

Por fin tomamos asiento en medio de las maletas amontonadas.

Pedro silba a los caballos que enfilan vivamente

mo expansivo, y su jovialidad matizada de ironía se ejerce a costa de Miguel, de quien se chaceo agresivamente a propósito de su triste mutismo.

— ¡Eh!, ¡vamos!, ¡sobrino!, exclama; ¡qué poco animado te veo esta tarde!.. ¿A qué viene ese mal humor? ¿Estás enojado?

— No estoy enojado, replica Miguel, pero convendrás en que este horrible paisaje no es a propósito para animarme.

— ¡Bah!, eres como las personas que lo ven todo amarillo porque sufren del hígado... Confiesa que la pena de dejar a la señorita Suzor te ha revuelto la bilis... Me tienes rencor por haber te sacado de

los jardines de Armida e impedido sucumbir a las astucias de esa falsa Inés... Haces mal... En vez de eso, debieras darme las gracias. El amor es como los filtros de la maga Circe, ciega y convierte en bruto.

Silmont, irritado, mira al tío Florencio Garaudel de reojo y contesta sarcásticamente:

— Parece que a tu edad, mi querido tío, se está menos expuesto a los sortilegios, pues, si mal no recuerdo, tú también bebiste de la copa encantada y me llevaste de ceca en meca en busca de la señora de Val-Clavín.

— ¡Es posible!, pero yo, al menos, me dirigía a una mujer del gran mundo.

— Lo cual no le impidió dejarte plantado.

— Pues te equivocas, replica Florencio, herido en su vanidad; si soy más viejo que tú, también tengo más experiencia y no me aventuro a ciegas... En prueba de ello, pasado mañana, domingo, estaré al lado de doña Herminia.

— ¡Cómo! ¿Te ha dado cita?

— Sí... es decir... En fin, sin entrar en detalles ociosos, has de saber que debo encontrarla en el Pico de Bigorra... Y, a propósito, déjame hablar con el cochero; he de pedirle algunos informes...

Llama a Pedro Forcamidán, que aprovecha la subida para bajar del pescante y andar al lado de los caballos.

— ¡Eh! ¡Forcamidán!.. ¿Cuánto tiempo se necesita para ir de Bareges al Pic du Midi?

El cochero tira su cigarrillo, dirige una mirada sarcónica al exdroguista, y, apoyando su mano en la portezuela, contesta a la pregunta con una interrogación circunspecta:

— ¿Al Pico?.. ¿A pie o a caballo?

— A pie, naturalmente; mi sobrino y yo somos buenos andarines.

— En este caso, pondrían ustedes unas tres horas para ir hasta la Hourque, donde se encuentra la hostería... Esto, suponiendo que no se extravíen ustedes en las praderas de Toue, añade hábilmente Pedro, que ve un trato en perspectiva.

— Me habían afirmado, objeta el tío, que no se necesitaba guía.

— Sí y no... Sí, cuando es uno del país; no, cuando uno es forastero... Yo no he de darle a usted consejos... Pero si me los pide, le diré: a fe de Forcamidán, tome usted un guía.

— ¡Hum!, murmura Florencio, dudando entre su prudencia nativa y el temor de ser explotado; recuerdo, en efecto, que ayer tarde se ofreció usted a acompañarme... ¿Cuáles serían sus condiciones?

— ¡Bah! De todas maneras nos arreglaremos... Le trataré a usted como amigo.

— Sin embargo, fije usted el precio.

— Entonces, diez francos por conducirlos a la cima, y cinco por la vuelta... En cuanto a la propina, la dejo a su discreción.

— ¡Quince francos y propina!, exclama Florencio; usted nos despelleja, Sr. Forcamidán. Piense usted que no somos ingleses, sino pobres hombres de estudio, modestos y poco adinerados.

— ¿De veras?, replica Pedro con un malicioso guiño, y, sin indiscreción, ¿vienen ustedes de lejos para estudiar nuestra montaña?

— De muy lejos, declara el tío, imaginándose cándidamente que el simple enunciado de la distancia asombrará al guía y disminuirá sus exigencias; venimos del fondo de Lorena, a cerca de trescientas leguas de aquí...

— ¡Bon Dious!, replica el ladino Pedro, entonces no me digan que son pobres... ¿Se andan trescientas leguas y otras tantas para la vuelta, cuando no se tiene bien cubierto el riñón?.. ¡A Forcamidán con esas!.. Son ustedes ricos y, por consiguiente, pueden pagar.

Florencio Garaudel se queda corrido. Sin embargo, regatea como un demonio. Después de una interminable discusión, acaban por arreglarse, fijando el precio en diez francos y la propina. Después de lo cual, Forcamidán vuelve a subir al pescante.

La garganta sigue estrechándose, sin cesar de ser fea. El torrente arrastra sus pobres aguas por un ancho lecho pedregoso.

Aparece una larga y empinada calle, compuesta de casas tristes: es Bareges.

No se ven más que soldados cojos, paisanos atacados de reumatismo, niños escrofulosos; ropa tendida en las ventanas y en los ribazos del torrente.

Todo el pueblo produce una impresión de hospital.

Cuando el landó se detiene delante del hotel, es demasiado tarde para pensar en subir al Pico el mismo día, y los dos viajeros se resignan a dormir en Bareges.

Comen en la mesa redonda en compañía de una extraña colección de anemiados, gotosos y averiados; y comen con cierta repugnancia.

Suben luego a su cuarto y tratan de dormir, mientras que cruzan el cielo de la noche de agosto estrellas fugaces que parecen bailar a los acordes de una orquesta de bandurrias y guitarras, que toca malagueñas en la terraza de un café.

La mañana siguiente se pasa en la mayor languidez, pues los excursionistas no deben continuar su camino hasta la tarde, a fin de llegar a la hostería de la Hourque después de las horas de calor.

Para pasar el tiempo se pasean por las umbrías del pico de Ayré, donde los árboles son verdaderamente hermosos; pero Florencio es insensible a la belleza de las olmedas; no piensa más que en el Pico de Bigorra, donde espera con impaciencia encontrar a Herminia de Val-Clavín.



En todo el trayecto se siente una impresión de calma...

la carretera de Bareges, y Luz no tarda en desaparecer detrás de nosotros.

(Aquí hay una interrupción del «Diario» de Miguel.)

XIV

NARRACIÓN DEL EDITOR

Al ardiente sol de las primeras horas de la tarde, el landó de Pedro Forcamidán sube al paso la sinuosa carretera que corre a lo largo del Bastán, cada vez más empinada, hacia Bareges.

A la derecha, en las vertientes del Bergonz, grupos de alisos, sauces y álamos tiemblan al soplo de un aire ya más vivo.

Las laderas se hallan cubiertas de bosques y prados, y surcadas por arroyuelos que bajan saltando y se reúnen bajo las salcedas para formar un arroyo bullicioso y rápido.

En todo el trayecto, se siente una impresión de calma y de frescura.

A la izquierda, el Bastán lleva hacia Luz sus aguas azuladas cuyo rumor melancólico parece decir al transeunte:

«¡No nos volveremos a ver jamás!..»

Arrellanado en el ángulo del landó, Miguel Silmont escucha tristemente la huída espumosa del río y piensa a su vez:

«Se acabó: no volveré a ver jamás a esa adorable Dionisia que encantó las primeras semanas del viaje; héteme en compañía de mi tío cuyos caprichos grotescos y humor atrabiliario van a echarme a perder la belleza de las montañas; he dejado detrás de mí la poesía y el sol; ya no puedo esperar más que vulgares aventuras y decepciones...»

Como para corroborar este triste presentimiento, al extremo de una cuesta más abrupta, el aspecto del paisaje cambia de pronto: las montañas son pedregosas, en vez de prados se ven barrancas blanquizas y montones de cascote; en todas partes aparecen vestigios de avalanchas.

Los argentinos arroyuelos se han transformado en chorros de aguas amarillentas. Las laderas del valle se aproximan y en sus áridas faldas una implacable luz quema las hierbas y calcina las rocas.

Contra la lógica de las cosas, la desolación del sitio no parece ejercer la menor influencia en el humor del tío Florencio. Nada turba su serenidad y ni siquiera se manifiesta ya su espíritu denigrante.

Al contrario, está risueño, dispuesto a un optimis-



A pocos pasos de ellos, algunos guías y criadas toman el fresco, hablando

Envían sus maletas a las Mensajerías donde quedan en depósito; almuerzan con toda calma, y, por fin, a cosa de las cuatro, un mozo anuncia «a los señores» que su guía les espera abajo.

- ¡Vamos!, exclama impacientemente Florencio Garaudel echándose el morral auestas.

Baja de dos en dos los peldaños de la escalera y busca con la vista a Pedro Forcamidán.

- ¿Dónde está nuestro guía?

- Aquí le tiene usted, caballero, contesta el mozo mordiendo los labios para conservar la seriedad.

Al mismo tiempo, designa a un rapaz de unos diez años, bajo de estatura y portador de un *alpenstock* tres veces mayor que él.

Al ver al «guía», Miguel no puede contener una carcajada, lo cual redobla la indignación del tío.

- ¿Eh?, exclama, ¿es que Forcamidán se burla de nosotros?

- Usted dispense, caballero, dice el niño quitándose la boina y levantando hacia el exdruista sus negros ojos, limpidos y audaces; mi tío ha tenido que conducir unos viajeros al *Lago Azul* y me ha encargado que le reemplace.

- ¡Es una mala farsa!, recrimina Florencio Garaudel; el señor Forcamidán creará sin duda que se rebaja, y nos manda un chiquillo que quizá ni siquiera sabe el camino.

- ¡Oh!, ¡sí, señor! Ya he conducido varias veces a otros turistas al Pico, y quedará usted contento de mí, replica con aplomo el minúsculo sobrino de Forcamidán.

De buena gana, Florencio anularía el contrato y mandaría el «desvergonzado chiquillo» a paseo; pero tiene tales deseos de llegar al término de su excursión, que se resigna y se pone en macha.

Sin embargo, para vengarse de la mala partida del tío Pedro, se propone explotar la inocencia del sobrino:

- ¿Cómo te llamas, pica-ruelo?

- Antón, para servir a usted.

- Pues bien, Antón, replica Florencio desembarazándose de su morral y cargándolo sobre las espaldas del muchacho; vas a llevar este morral, que es ligero como una pluma.

Miguel Silmont se ve obligado a interponerse:

- ¡Tío! ¿No le da a usted vergüenza abusar así de un niño?

- ¿Qué? Yo le enseño su oficio de guía.

- Es demasiado peso para una criatura de su edad, insiste Silmont apoderándose del morral; prefiero llevarlo yo mismo.

El gesto enérgico de Miguel desconcierta a Florencio; tiene éste conciencia de su abuso de autoridad, y volviendo a coger su morral, se decide a llevarlo.

Marchan al principio silenciosamente, bajo los ardores de un sol oblicuo, entre montañas áridas.

Los turistas suben sin entusiasmarse el camino pedregoso.

Antón, ligero como un gamo, lleva la delantera; persigue a las mariposas, chapotea en los arroyos, lanza piedras a los matorrales y silba como un mirlo.

Al cabo de una hora, deja el camino, tuerce a la izquierda y conduce sus dos viajeros a la vista de las *Cabañas de Toue*.

El paisaje ha cambiado de carácter.

Un pequeño valle extiende entre las peñas una alfombra de verdes pastos, salpicada de lirios morados.

En el fondo de este valle que el cono del Pico de Bigorra aterciopela ya con una azulada sombra, se ven varias cabañas esparcidas.

Florencio y Miguel perciben a los pastores acurrucados en círculo alrededor de su fuego de malezas, cuyo humo sabe verticalmente hacia el cielo.

Cerca de allí tres caballos de alquiler pastan el

césped, y tres siluetas de turistas se destacan con sus trajes claros sobre el verdor del campo.

A medida que se acercan, Florencio y su sobrino distinguen más claramente a los tres personajes, ocupados en hablar con los pastores.

- ¡Calla!, observa Garaudel; he ahí unos excursionistas que van al Pico.

Fija la vista más atentamente en el grupo compuesto de un hombre y dos mujeres, y exclama con

darles una sorpresa. ¿Eh? ¿No ha sido una ocurrencia amable?

Miguel no da crédito a esta amable atención. Sospecha que Ternat y Sol se han valido de este pretexto para estar veinticuatro horas juntos; pero la escapatoria de la amorosa pareja le ofrece una ocasión casi providencial de ver otra vez a Dionisia Suzor.

Mira a la señorita de compañía que se pone colorada y vuelve la cabeza. Se siente de pronto reanimado interiormente por un vivificante manantial de alegría.

Florencio Garaudel, menos contento del encuentro y menos inclinado a bendecir la Providencia afecta sin embargo alegrarse y se muestra afable.

Los tres turistas montan a caballo.

En seguida, Sol y Ternat toman la delantera.

Miguel marcha al lado de la montura más tranquila de la señorita Suzor, mientras que Florencio, con el guía Antón, coge un copioso ramo de lirios que estrecha triunfalmente contra su pecho.

En la soledad del valle, la caravana desfilapintorescamente y llega al borde del pequeño lago de Oncet, en que se

reflejan las abruptas pendientes de los pastos y en que el agua, de un verde obscuro, duerme en la base de la montaña, como en el fondo de una copa de esmeralda.

El camino serpentea por las laderas del pico y la ascensión se opera lentamente.

A medida que se suben las vueltas pedregosas el sol poniente ilumina con una magnífica claridad las nieves del Neouvielle; luego, insensiblemente, el día cae.

Al llegar a la *Hourque* de los Cinco Osos, ya es completamente de noche.

La luz de la luna nueva que sale por la escotadura del desfiladero, permite ver las bajas paredes y aplastados techos de la modesta hostería apoyada en la roca, donde los turistas han de dormir.

Se meten los caballos bajo un cobertizo que sirve de cuadra.

Florencio, Ternat y Sol, como personas prácticas que son, inspeccionan el interior del albergue y encargan la cena.

Mientras tanto, Miguel y Dionisia se sientan en un banco que mira a la cordillera de los Pirineos.

A pocos pasos de ellos, algunos guías y criadas toman el fresco, hablando.

El cielo se tachona de estrellas, y una paz elísea baja sobre las cimas que huyen hasta el infinito y que la claridad de la luna platea discretamente.

De pronto, en medio de esta profunda tranquilidad, a una señal misteriosa, los guías y las criadas de la hostería empiezan a cantar a coro.

Sus hermosas voces de barítono y soprano se armonizan maravillosamente gracias a esa intuición de la armonía, que los montañeses del país de Bigorra reciben como un don en la cuna.

Cantan un antiguo estribillo atribuido a Gastón Phebus, y que es popular en todos los Pirineos:

*Aquestos mountognos
Que tan hautos soun
M'empescan de beyre
Mes amous oun soun...*

(Estas montañas, que tan altas son, me impiden ver dónde están mis amores...)

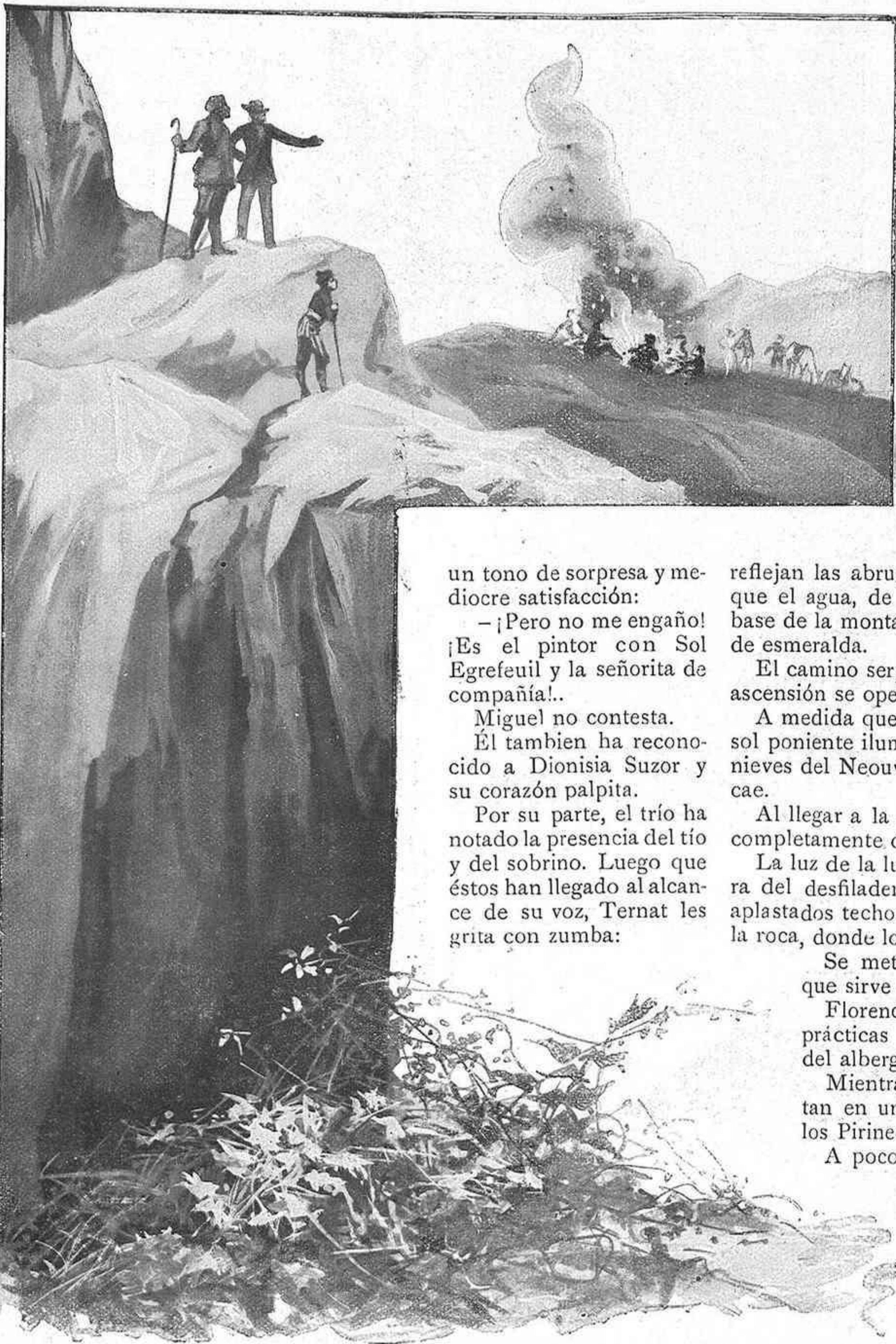
En el silencio de la noche azulada, las voces suben juntas hacia el cielo donde las estrellas balancean encima de las montañas sus coronas de perlas de oro.

Apoyados en la pared de la hostería, Miguel y Dionisia escuchan esta música de notas vibrantes, y una sorda emoción los penetra deliciosamente.

Silmont busca la mano de la señorita Suzor, se apodera de ella y la lleva a sus labios sin que la joven haga movimiento alguno.

Bruscamente les sacan de su éxtasis los ruidosos llamamientos de Florencio Garaudel.

(Se continuará.)



A medida que se acercan, Florencio y su sobrino distinguen más claramente a los tres personajes

- ¡Ohé!, ¡los botánicos, por aquí!..

Se reúnen por fin con cierto embarazo; pero el pintor, que posee el arte de imponer la franqueza, exclama poniendo la mano sobre el hombro de Miguel:

- Amigo, ¡vaya una manera que tiene usted de abandonar a la gente! Ayer, a nuestro regreso, nos sorprendió a todos la noticia de que se había usted largado a la inglesa. Y, en castigo de habernos plantado sin ceremonia, hemos resuelto acompañarle al Pico. Precisamente, esta mañana, nuestros proyectos de permanencia en Luz han sido súbitamente modificados a consecuencia de un accidente que asustó mucho a la buena señora Egrefeuil.

- ¡Un accidente!, interrumpe Florencio, compasivo; ¡pobre señora! ¿Qué le ha pasado?

- Nada grave, declara Sol riendo; figúrense ustedes que mamá ha encontrado una culebra en su bañera... Parece que esos maliciosos reptiles, seducidos por el calor del baño, se permiten de vez en cuando pasearse por las cañerías. Mamá ha dado grandes gritos y declarado que no permanecerá veinticuatro horas más en un país donde está una expuesta a semejantes visitas. Entonces papá ha marchado a Bagnères de Bigorra en busca de casa.

- Nosotros, termina el pintor, hemos aprovechado el último día para tomar el aire, y sabiendo que estaban ustedes camino del Pico, hemos querido

BILBAO. - VIAJE DE SS. MM. LOS REYES D. ALFONSO XIII Y D.^a VICTORIA. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

El día 26 de agosto último salieron de Santander en el yate real *Giralda*, con dirección a Bilbao, SS. MM. los Reyes D. Alfonso XIII y D.^a Victoria, la princesa de Salm-Salm y Sus Altezas los infantes D.^a Luisa, D.^a Beatriz, D. Carlos y D. Alfonso. Daban escolta al *Giralda* los nuevos acorazados *Alfonso XIII* y *España*.

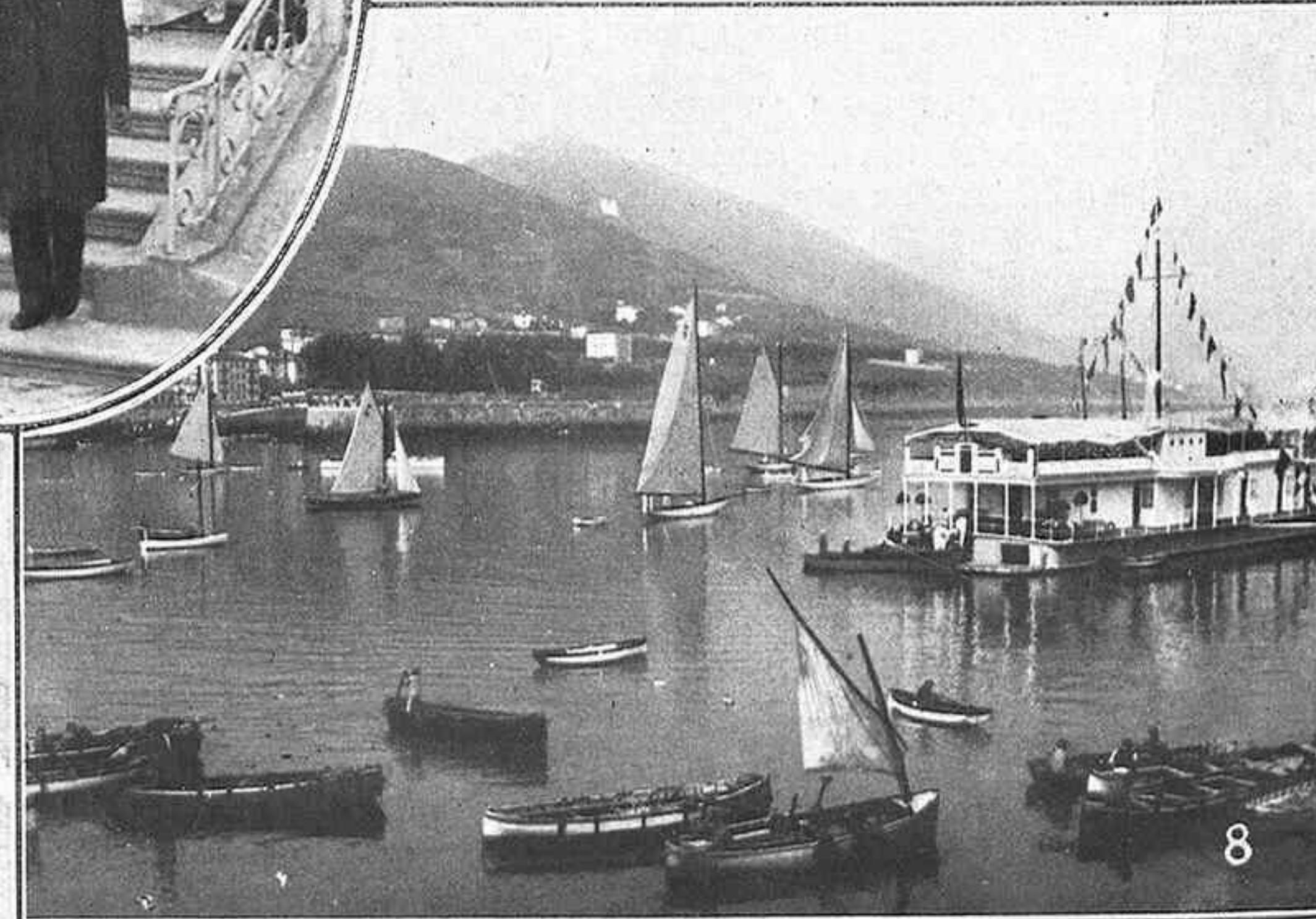
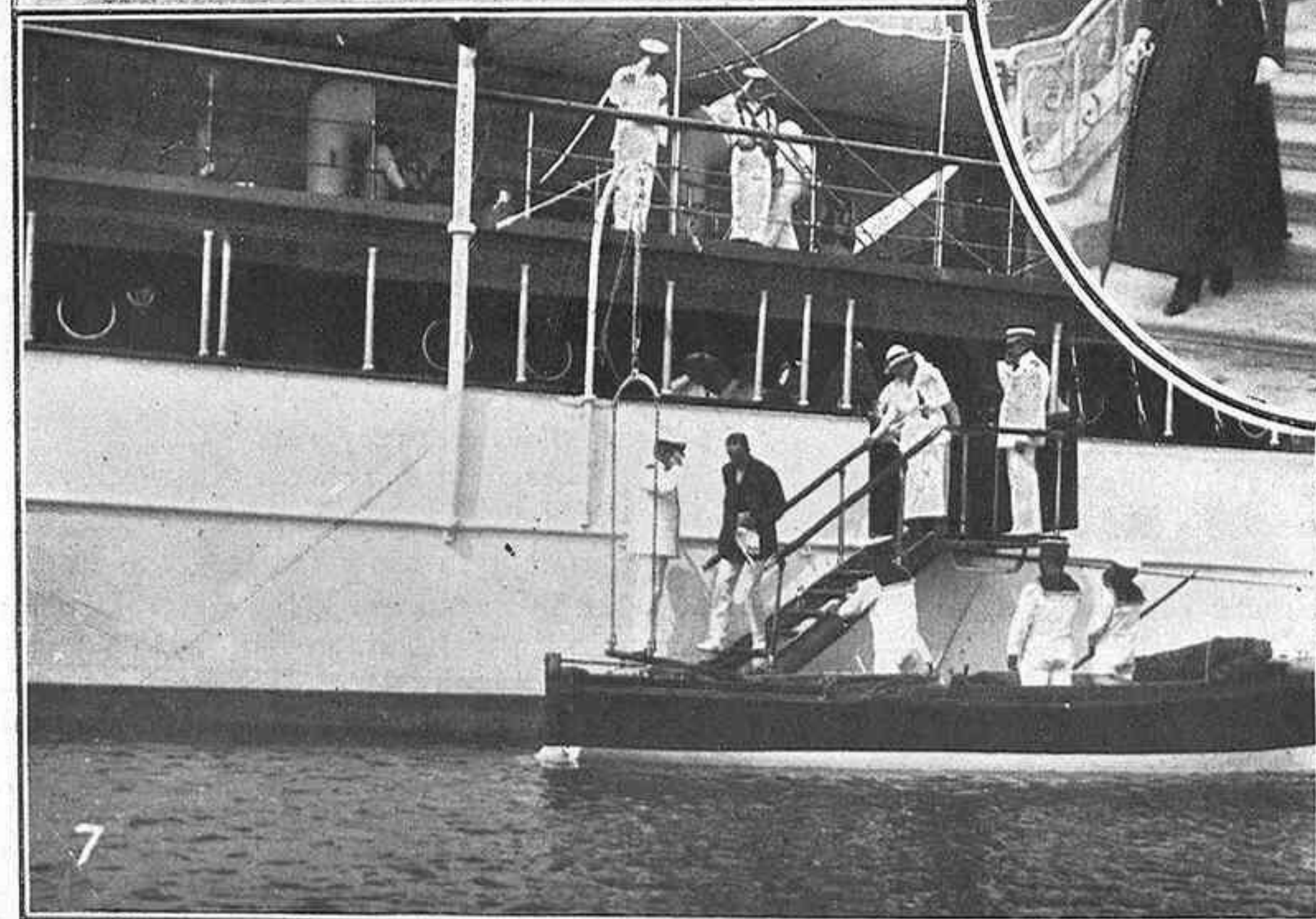
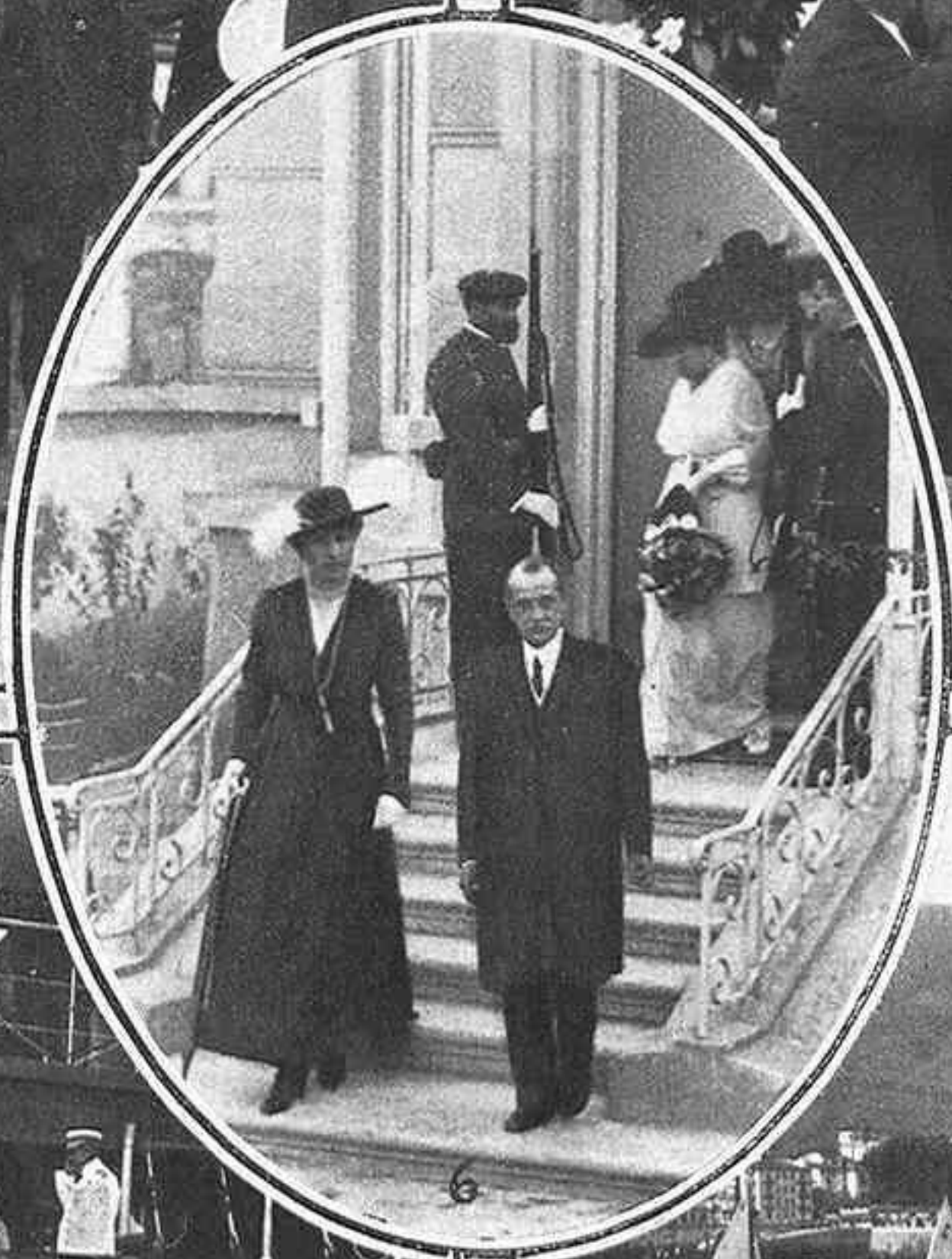
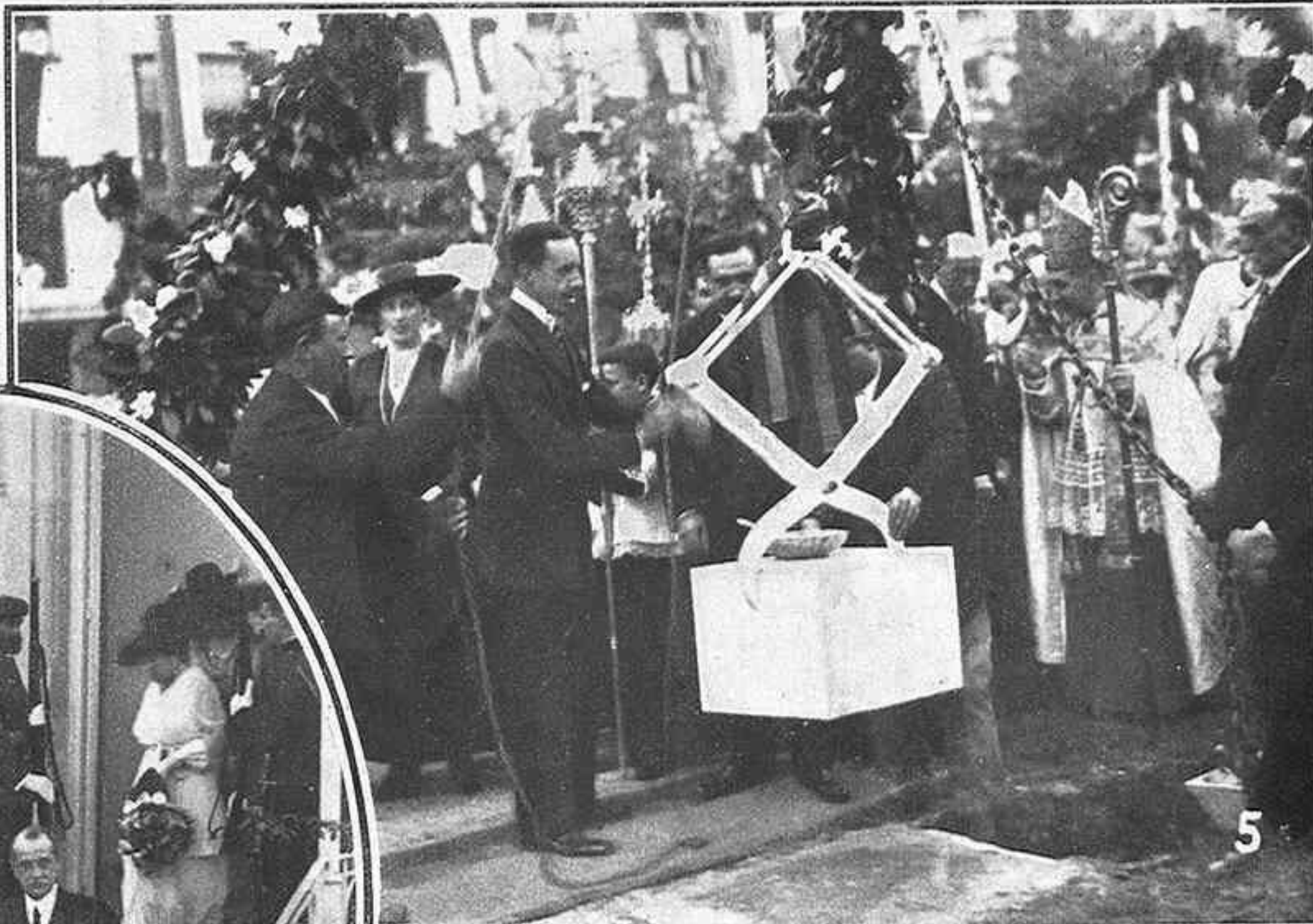
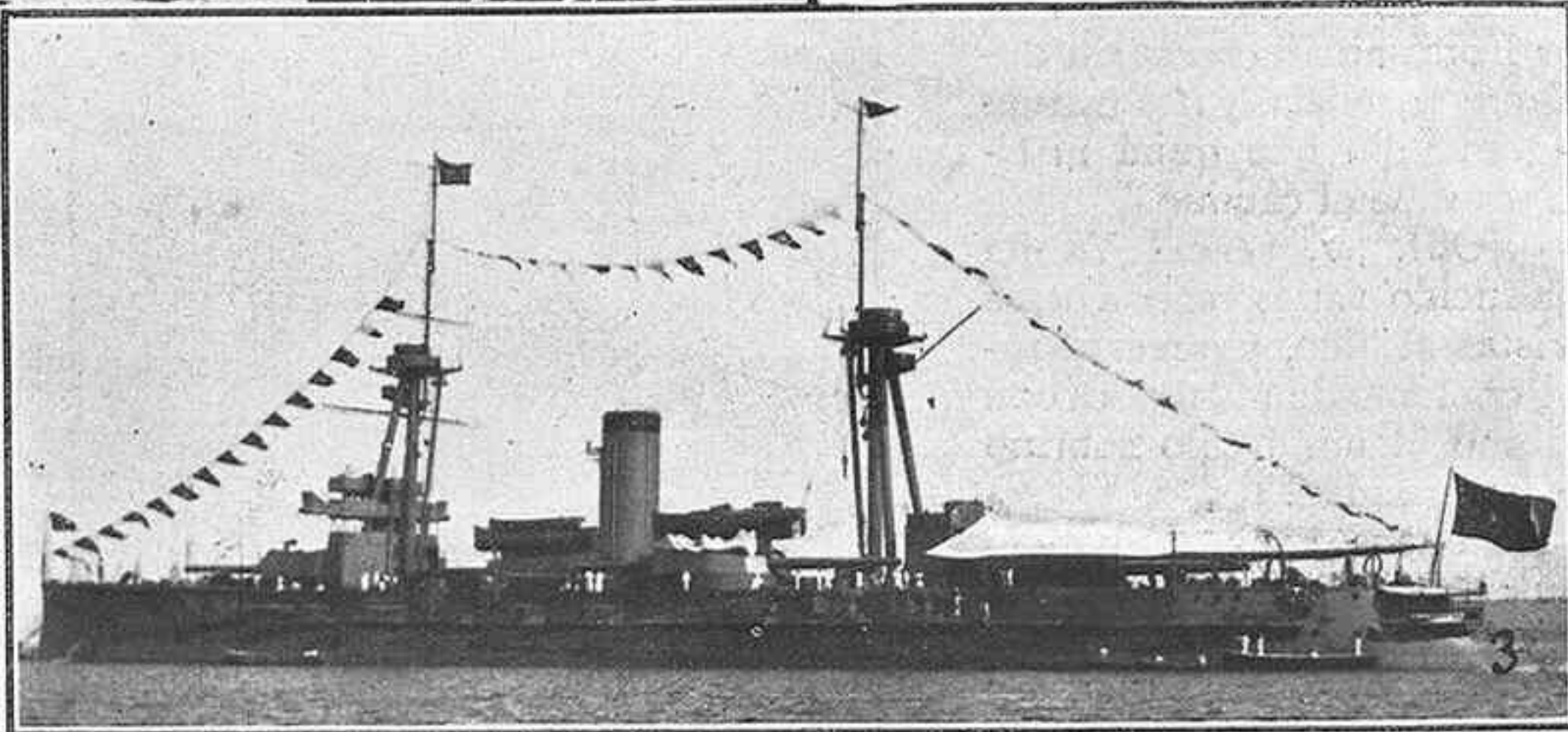
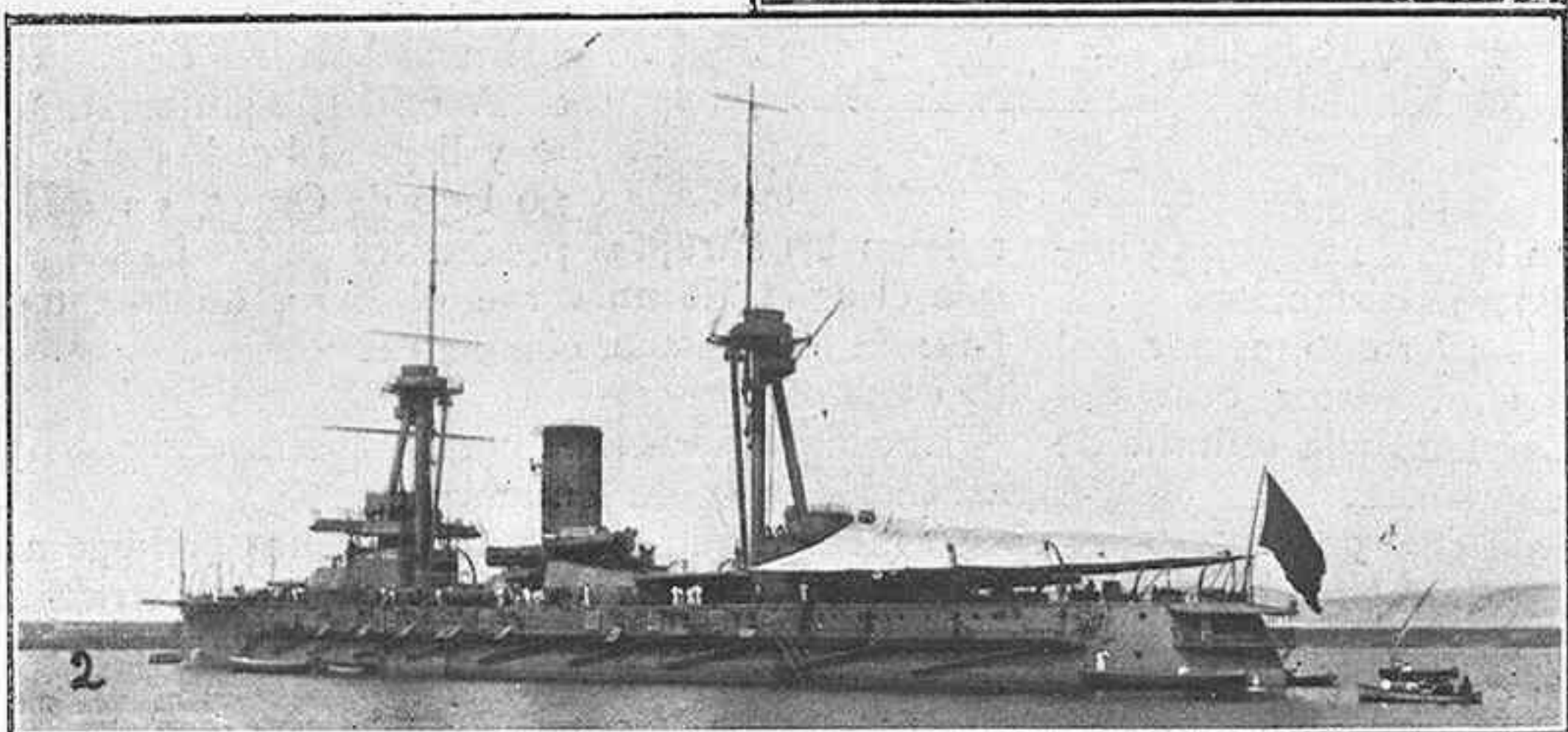
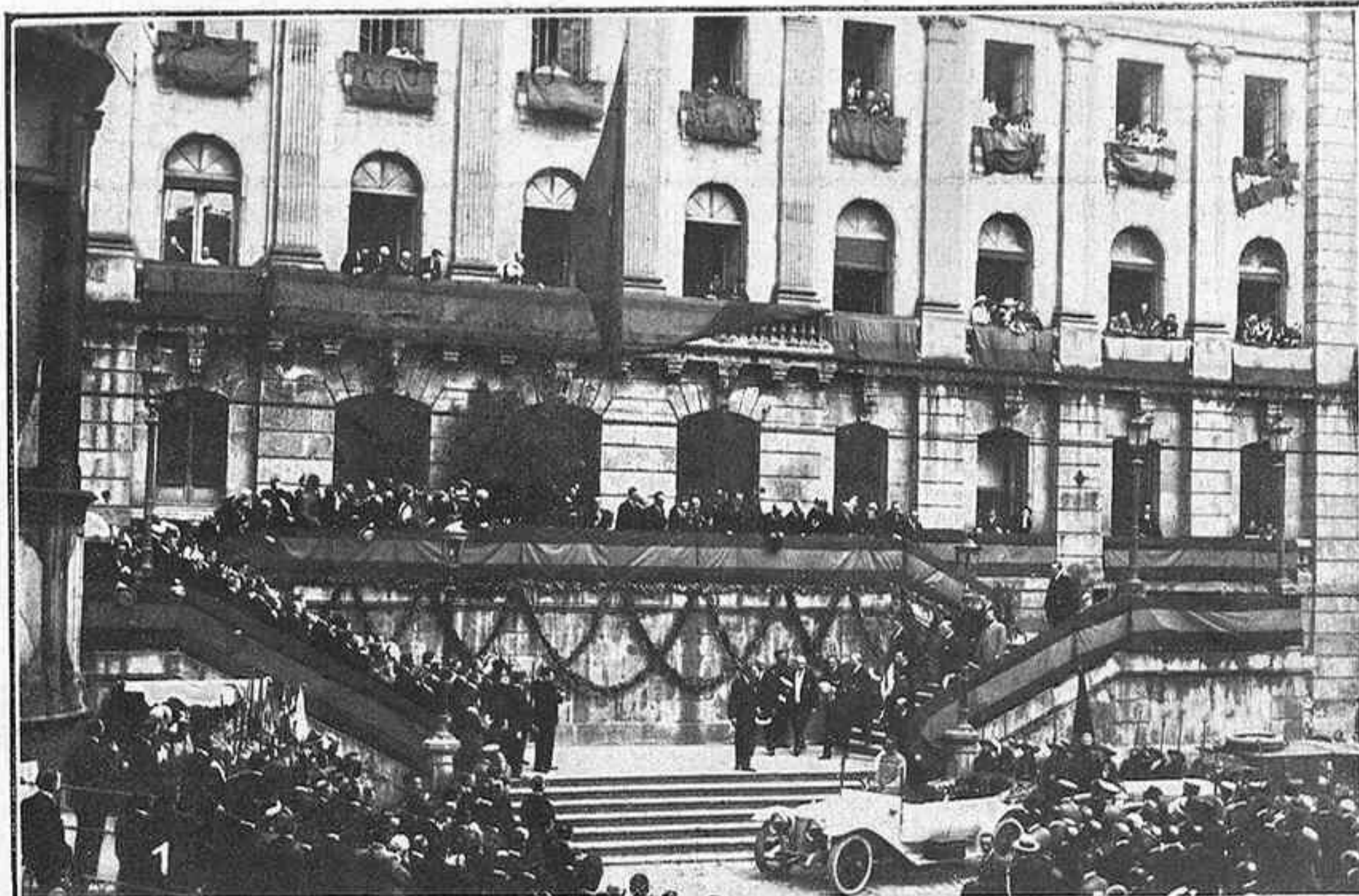
A las cinco de la tarde enfiló al puerto de Bilbao el *España* y poco después hacían lo propio el *Alfonso XIII* y el *Giralda*, a bordo del cual subieron las autoridades efectuándose la recepción. Por la noche SS. MM. y AA. asistieron a la función de los Campos Eliseos, en donde la compañía Guerrero-Mendoza representó el drama de Benavente *El collar de estrellas*. El teatro ofrecía un aspecto brillantísimo y los Reyes, lo mismo a su llegada que a la salida, fueron objeto de entusiastas ovaciones.

Al día siguiente, SS. MM. y Altezas visitaron el acorazado *Espa-*

ña, siendo recibidos con los correspondientes honores. Después de revistar la tripulación y de recorrer el buque, se dirigieron al puerto para tomar parte en las regatas.

El Rey, con la Infanta D.^a Luisa y la Princesa Salm Salm, embarcó en el *Meteoro*; la Reina, con los Infantes D. Alfonso y D.^a Beatriz, en el *Tonino*, y el Infante don Carlos en el *Narria*. El *Tonino*, propiedad del monarca, llegó el primero ganando el premio especial para la serie de ocho metros; el *Meteoro*, propiedad también del soberano, ganó la copa de los marqueses de Chávarri; y el *Narria* ganó asimismo un premio.

Por la tarde D. Alfonso XIII asistió al solemne acto de homenaje que en su honor habían organizado los centros mercantiles, como muestra de gratitud por la protección por él dispensada a aquella comarca en todo tiempo y sobre todo cuando la terrible crisis mercantil de septiembre del año pasa-



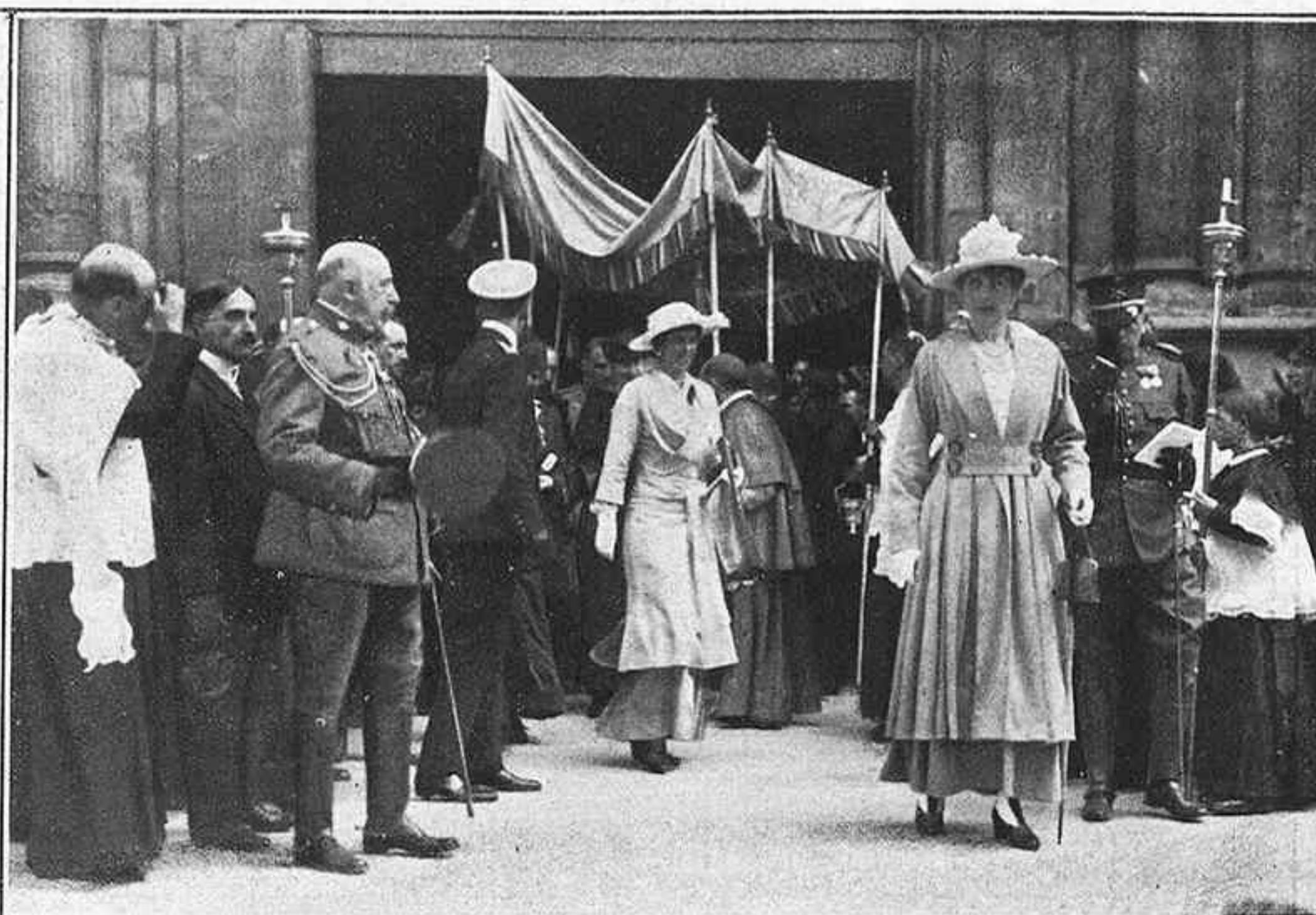
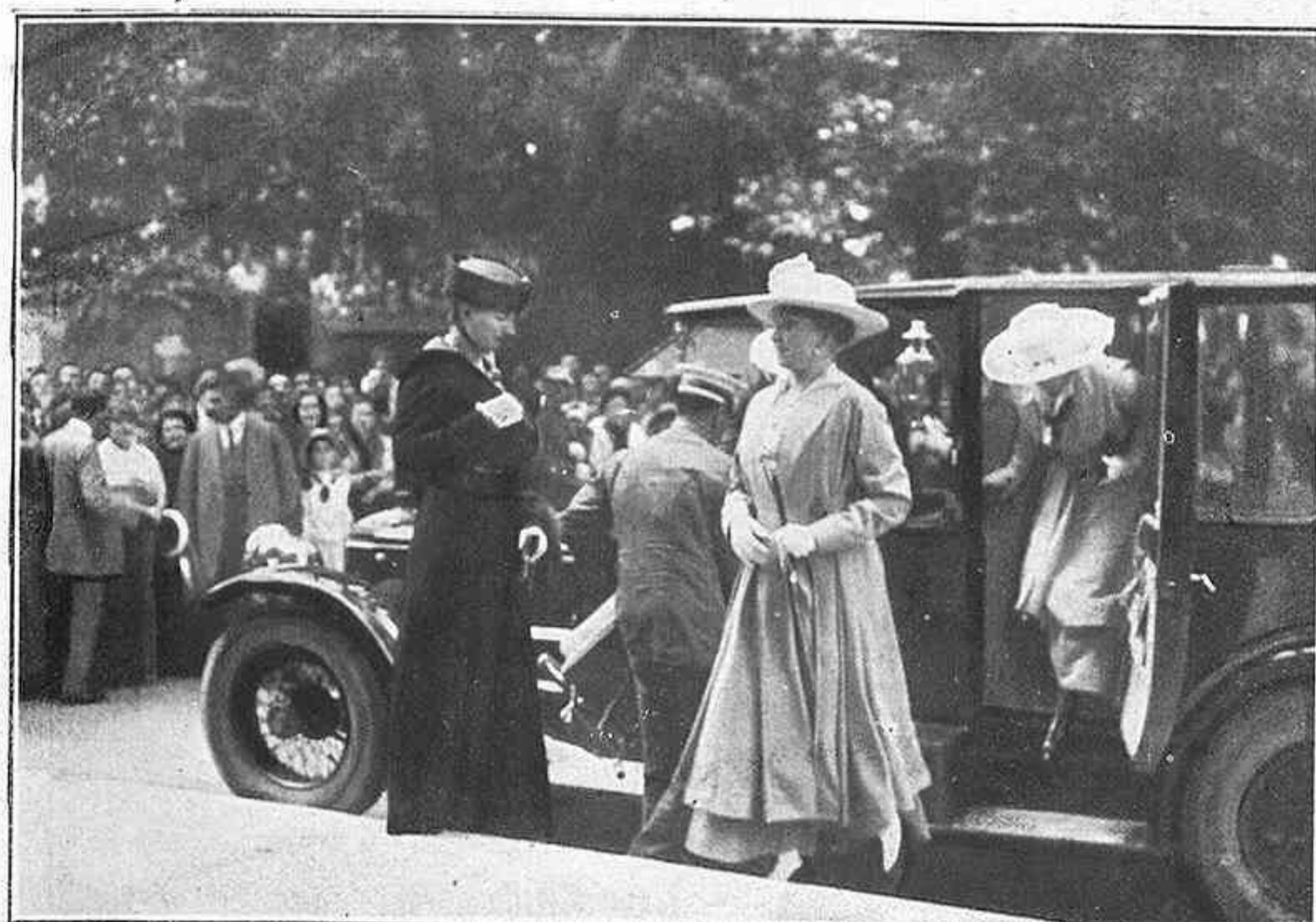
1. S. M. el Rey saliendo del Instituto Bilbaíno después de la sesión de homenaje celebrada por la Cámara de Comercio. - 2. El nuevo acorazado *España*. - 3. El nuevo acorazado *Alfonso XIII*. - 4. SS. MM. en la fábrica de armas de Guernica. - 5. S. M. el Rey colocando la primera piedra de la manzana de casas higiénicas para las clases medias en Irala-barri. - 6. S. M. la Reina D.^a Victoria saliendo del dispensario antituberculoso del Dr. Ledo. - 7. S. M. el Rey y la princesa de Salm Salm saliendo del yate real *Giralda* para tomar parte en las regatas. - 8. Aspecto del abra al finalizar las regatas.

do. El amplio salón del Instituto Bilbaíno, en donde el acto se celebró, estaba artísticamente engalanado y hallábase lleno de una numerosa y escogida concurrencia en la que tenían su representación todas las fuerzas vivas de Vizcaya. El presidente de la Cámara de Comercio y diputado a Cortes por Bilbao señor Echevarrieta, leyó el mensaje de gratitud que aquella entidad eleva al monarca,

LA PINTORA POLACA IRMA DE DUCZYNSKA

(Véanse los grabados de las páginas 589 y 592.)

En la última exposición de la «Secesión» celebrada en Roma llamaron poderosamente la atención los cuadros de una artista hasta entonces poco cono-



SS. MM. y AA. en Begoña. - Llegada de la Reina D.^a Victoria y de las Infantas D.^{as} Luisa y D.^a Beatriz. - La familia Real a la salida del templo

y éste contestó con un elocuente discurso agradeciendo el homenaje y ofreciendo su apoyo a todo cuanto pueda contribuir al desenvolvimiento de la riqueza y a la prosperidad de nuestra patria.

El discurso de S. M. fué acogido con grandes manifestaciones de entusiasmo.

El monarca, desde el Instituto, se dirigió a los talleres de platería de Anduiza, que visitó detenidamente, y poco después se reunió con su augusta esposa, que, acompañada de las Infantas D.^{as} Luisa y D.^a Beatriz y de la princesa de Salm-Salm, había visitado el dispensario antituberculoso del doctor Ledo, en el palacio de la señora viuda de Zabalburu, en donde tomaron el te. Luego la familia Real reunida fué al barrio de Iralabarri, en donde el Rey presidió la ceremonia de la colocación de la primera piedra de una manzana de casas higiénicas para familias de la clase media.

El día 28 SS. MM. estuvieron por la mañana en el acorazado *Alfonso XIII* y asistieron a las regatas, y por la tarde efectuaron una expedición a Guernica, en donde visitaron la fábrica de armas de los señores Esperanza y Unceña, la histórica sala de juntas y el famoso árbol y presenciaron la danza del típico *aurresku*.

Al día siguiente, Sus Majestades y AA. fueron en automóviles a oír misa en la Basílica de Begoña. Entre aplausos y aclamaciones de toda la población se dirigieron a la iglesia, haciendo su entrada en ésta bajo palio; y después de oír misa y de rezar una salve pasaron a la sacristía, en donde examinaron las joyas de la Virgen y D.^a Victoria inscribióse como hermana mayor de la cofradía de la Santa Madre de Dios de Begoña, ordenando que inscribiesen también a sus hijos.

Terminada la visita regresaron a Bilbao y después el *Giraldá*, precedido del *Españay Alfonso XIII*, zarpó para Santander.

cida en Italia, la señorita Irma de Duczynska, cuya obra *Armonía*, que reproducimos en la página 592, mereció especialmente los más entusiastas elogios del público y de la crítica.

Irma de Duczynska nació en la Polonia austriaca, y desde 1894 a 1898 estudió en Viena, en una pequeña escuela particular, donde faltaban los medios y las ocasiones para todo desenvolvimiento artístico.

Terminados aquellos estudios, hizo un viaje a Italia y allí pudo convencerse de que hasta entonces había seguido un mal camino; un joven pintor dotado de gran talento fué para ella durante tres meses un excelente guía, mostrándole la verdadera senda que debía seguir y por la que entró ella con resolución, trabajando pacientemente, pero con gran entusiasmo, fijos los ojos y puesta la voluntad en la meta que ambicionaba conseguir.

En 1901 expuso en Viena su primer cuadro, que fué gratamente acogido, y poco después dedicóse a esculpir la madera, pero considerando esta forma de arte no como un objetivo, sino como el medio más sencillo para dominar la técnica impresionista, haciendo prevalecer la impresión sobre la forma y el color.

En 1904 el gobierno austriaco adquirió uno de sus cuadros y le concedió una subvención para realizar un viaje a París, en donde aumentó su afición a la escultura, y poco después expuso en Roma un grupo en bronce que la crítica ensalzó y que fué vendido ventajosamente.

Un viaje que últimamente hizo a Grecia acabó de depurar su gusto artístico y de consolidar sus excepcionales aptitudes para el cultivo de la pintura, y el hermoso cuadro antes citado, *Armonía*, ha sido el primero y seguro paso por el camino que indudablemente conducirá a la señorita Duczynska a una merecida gloria.

Pero, ¿que hace Vd. Marquesa para tener siempre las manos tan blancas?
No empleo más que el Jabón HENO DE PRAVIA

LA GUERRA EUROPEA. - EFECTOS DE LA RETIRADA RUSA EN POLONIA



Aldeanos judíos que abandonan su país ante el avance de los alemanes. (De fotografía de Carlos Trampus.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

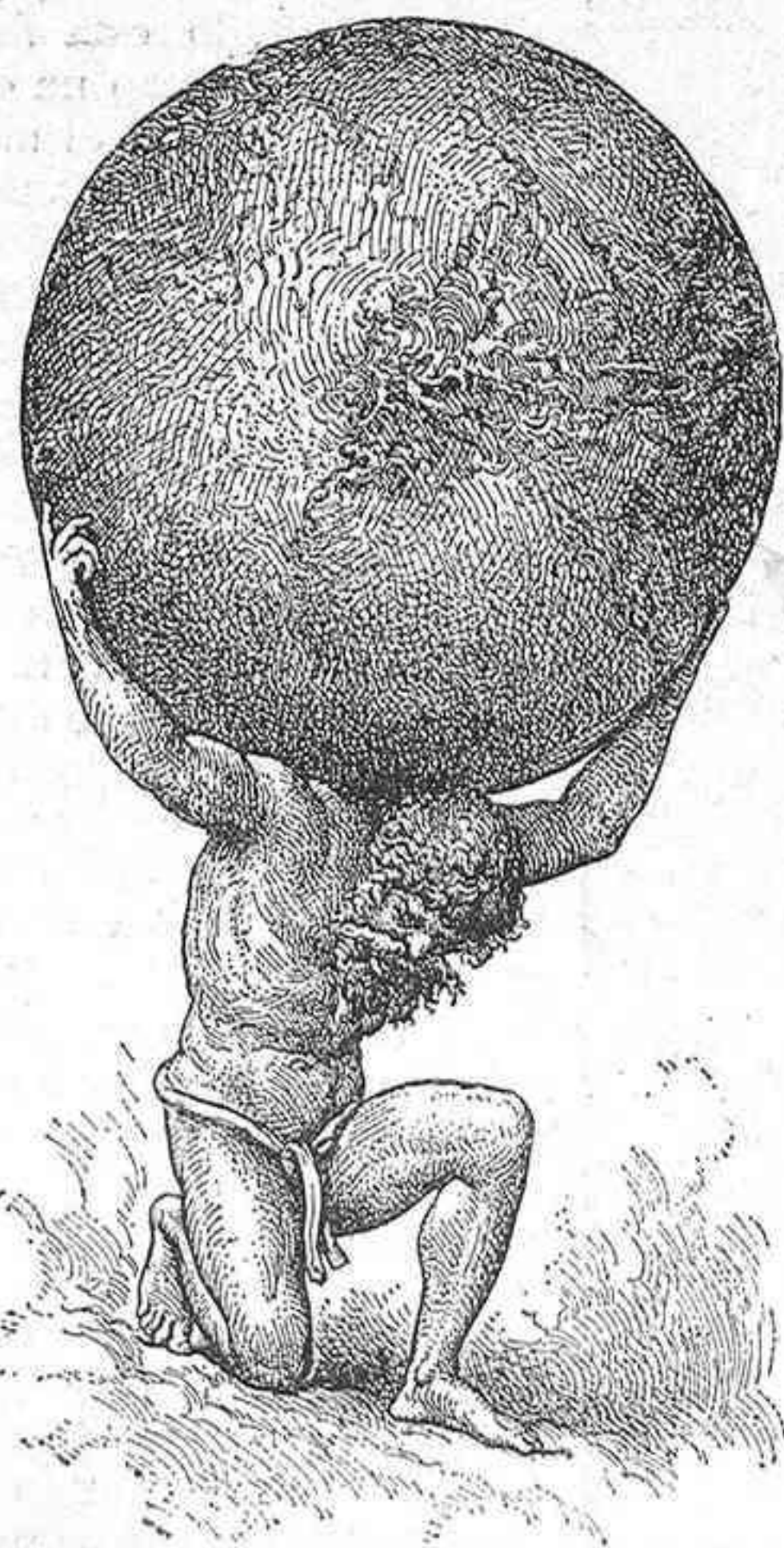
POR AUTORES O EDITORES

LAS CARRERAS EN ESPAÑA. Indicaciones convenientes para su acertada elección por *Juan Herreras y Butragueño*. - Se ha publicado la quinta edición de esta obra utilísima, de la que hemos hablado en otras ocasiones y que contiene datos muy interesantes para los que se encuentren en situación de elegir

carrera, referentes a los empleos y carreras que pueden alcanzarse en España. Un tomo de 105 páginas impreso en Madrid, en la imprenta Hispano-africana; precio 0'75 pesetas. Los pedidos, al autor, Salud, 13, Madrid.

ESBOZOS CRÍTICOS, por *José A. Rodríguez García*. - El distinguido publicista cubano que con igual competencia domina las ciencias morales, políticas y exactas que la literatura en sus más diversos géneros ha reunido en el volumen que nos ocupa una porción de artículos que él titula *esbozos* y que son

verdaderos estudios críticos, escritos con elevación de ideas, imparcialidad suma y en estilo castizo y elegante. Entre estos artículos, todos notables e interesantes, sobresalen los dedicados al gran polígrafo Menéndez Pelayo, al culto e inteligente escritor venezolano D. Julio Calcaño, al celebrado periodista, novelista y autor dramático valisoletano Juan Martínez Villergas, que en distintas épocas ejerció su actividad literaria en la Habana, y al libro de la Dra. Carolina Pomet *E romance en Cuba*. Un tomo de 200 páginas impreso en la Habana en la imprenta «Cuba Intelectual».



NUEVA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

LOS PAISES Y LAS RAZAS

OBRA PRESENTADA EN FORMA ENTERAMENTE NUEVA, COMPUESTA POR EMINENTES ESPECIALISTAS DE EUROPA Y AMÉRICA CON ARREGLO Á LOS MÁS RECIENTES TRABAJOS E INVESTIGACIONES DE LA CIENCIA

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La NUEVA GEOGRAFÍA UNIVERSAL se publica por cuadernos semanales de *dos reales*, los cuales constarán de *cuatro grandes pliegos de ocho páginas de texto cada uno*, impresos en papel superior y con numerosos grabados intercalados. Siempre que al cuaderno de reparto se acompañe una lámina suelta impresa en colores, se considerará cada una como un pliego de texto; lo propio que cuando se repartan dos láminas en negro, en el cual caso se acompañarán sólo tres pliegos de texto.

La obra constará de unos *ocho tomos* de regulares dimensiones.

OBSEQUIO IMPORTANTE A NUESTROS SUSCRIPTORES

Durante la publicación de la NUEVA GEOGRAFÍA UNIVERSAL, repartiremos GRATIS a nuestros abonados un ATLAS PORTÁTIL de Justus Perthes, tamaño 18 por 11 centímetros, que contiene 28 mapas, grabados en cobre, con anotaciones geográfico-estadísticas (36 páginas) por H. Wichmann.

Terminada la impresión de los seis primeros tomos de esta notable obra, se venden, ricamente encuadernados, pagados a plazos mensuales.